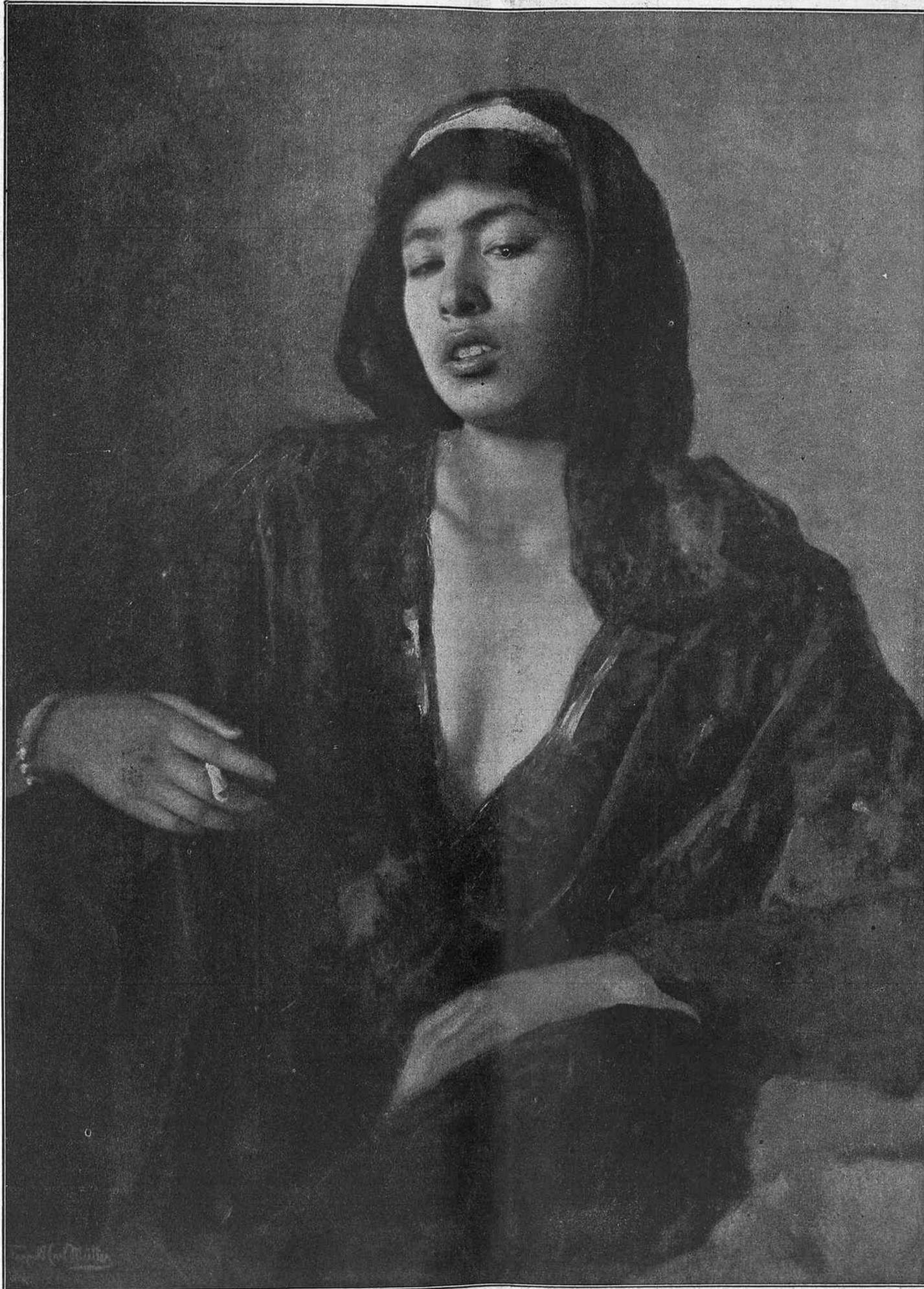


La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 21 DE MAYO DE 1906 →

Núm. 1.273



TIPO ORIENTAL, cuadro de Leopoldo Carlos Muller

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Las mujeres en Galdós.* Leré, por Angel Guerra. — *Fallecimiento y entierro del presidente de la República Argentina Dr. D. Manuel Quintana.* Primer ministro del Dr. Figueroa Alcorta, por Justo Solsona. — *Un paseo por Viena*, por R. Balsa de la Vega. — *Bellas Artes.* — *La repercusión del terremoto de San Francisco.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *Navegación aérea.* Los globos dirigibles del conde Almerico da Schio y del conde Enrique de la Vaulx. — *Los procedimientos de reclamo en los Estados Unidos.*

Grabados.—*Tipo oriental*, cuadro de Leopoldo Carlos Muller. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *Las mujeres en Galdós.* Leré. — *Las Bellas Artes*, relieve de A. Drury. — *Dr. D. Norberto Quiroga Costa.* — *Dr. D. Manuel Montes de Oca.* — *Dr. D. Norberto Piñero.* — *Dr. D. Federico Pinedo.* — *Teniente general D. Luis M.ª Campos.* — *Contraalmirante D. Onofre Belbeder.* — *D. Miguel Tedin.* — *Dr. D. Ezequiel Ramos Mexía.* — *Entierro del presidente de la República Argentina Dr. D. Manuel Quintana.* — *Rotonda de la plaza de San Miguel de Viena.* Lámina compuesta de nueve fotografías de los principales sitios y monumentos de Viena. — *Mañana de otoño*, cuadro de Carlos Rochlin. — *Una captura en los alrededores de Barcelona*, cuadro de Carlos Vázquez. — *Floralia*, busto decorativo de Lamberto Escaler. — *Diagrama del terremoto de San Francisco* registrado en el observatorio de Laibach (Austria). — *Primavera*, escultura de Juan Dammann. — Los globos dirigibles de los condes de la Vaulx y Americo da Schio, de París y de Italia respectivamente. — *Mahomed el Hadj, bey de Túnez.* — *Perdonada*, cuadro de W. Lee Hankey.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Hablares del crimen de la calle del Carmen? Me inclino á hacerlo sólo muy de pasada. Fatiga la pluma, á la larga, tanto crimen; incurre en monotonía la crónica, alimentada sólo por ellos; se reduce á ediciones distintas de *Los Sucesos* la prensa diaria, y la emoción se gasta ya, embotándose hasta la fibra del horror.

Además, este crimen, á la hora en que mi crónica se publique, habrá cesado de despertar la curiosidad del público. Este es uno de esos dramas que, á semejanza de la conocida novela de Pérez Galdós, tiene su parte de *incógnita* y su parte de *realidad*. El secreto se lo ha llevado á la tumba el terrible abuelo y padre que, entre col y col, entre tiro y tiro á las cabezas de su nieta y de su hija, escribe con gran flema y letra clara la fecha de la muerte de sus víctimas y su filiación. No lo puedo remediar: ninguna de las explicaciones conjeturales que dan los periódicos ha llegado á convencerme. Mi fantasía, á pesar suyo, se va por los cerros de Ubeda de una infinidad de hipótesis, mejor dicho, de dos hipótesis entre las cuales, á mi ver, está la *realidad* del espantable suceso. Repito que no lo sabremos jamás. Enterrados juntos los actores del drama — la inocente niña, la hermosa muchacha y el feroz verdugo, que no quiso irse de este mundo sin ellas, porque las idolatraba, según dejó escrito,—el olvido, que cubre piadosamente tantas flaquezas y tantas iniquidades, hará su oficio, borrándolas con su dedo rápido y silencioso, y el extraño caso no dejará más huella que un tema de chismorre, por algunos meses, para las comadres del barrio.

* *

¿Las fiestas? Las fiestas son... un lío. Todo se vuelve (cuando esto escribo) suposiciones, indecisiones y proyectos que, apenas concebidos, se desbaratan y ceden el puesto á otros, no más duraderos y meditados. Dicen que es la característica de todo lo español. Mucho quiero á España, mucho, y me ha costado algunas desazones el quererla bien; pero España y yo... no congeniamos. «Aquello que puede hacerse hoy, no se haga mañana,» decía Franklin...

No comprendo cómo aquí se ha desarrollado en tales proporciones la devoción á San Expedito. Conste que no discuto el culto de este santo, que ha sido combatido y no sé si al fin reconocido por la Iglesia; sólo digo que siendo el lema del bendito mártir hacer las cosas *hoy*, reprobar el *mañana* clásico, es el santo menos á propósito para que en nuestra nación le ofrezcan cirios y le regalen exvotos. Trátese de los negocios del alma, trátese de los del cuerpo misero, el *hodie* está aquí siempre sometido al *cras*.

* *

El Museo del Prado será una de las grandes atracciones, no diré precisamente que para los forasteros, pero sí para los extranjeros que vengan á las fiestas de las bodas reales.

Los vastos salones del edificio magnífico, aunque, según los inteligentes, mal acondicionado para Museo, se ven ya llenos de *misies* con sombreros marineros de paja, alrededor de cuya copa se enrolla la tradicional gasa blanca ó azul, con *complet* gris ó ver-

de obscuro, con fuerte calzado, bien provistas de catálogo é instrumentos de óptica, y absortas ante el tesoro que encierra este Museo único en el mundo.

Su riqueza se ha acrecentado recientemente con dos ó tres joyas, un Cardenal infante de Borbón obra de Goya, y dos retratos de Velázquez. Son los mismos que existían en el palacio y eran propiedad de la duquesa de Villahermosa; y de uno, el de D. Diego del Corral, he tenido ocasión de hablar largamente aquí. El otro, que representa á la esposa de D. Diego del Corral, doña Antonia de Ipeñarrieta, confieso que no me parecía salido del pincel del autor de las *Meninas*; pero investigaciones de José Ramón Mérida demuestran que al menos hay allí pinceladas de D. Diego, y á los documentos me atenderé. Por la ejecución de retratos hoy cotizados en millones, ha dado Velázquez un recibo firmado, que es el hallazgo de Mérida, en que la cantidad recibida suma ochocientos reales. Cierzo que la cantidad es á cuenta, por lo cual puede inferirse que el valor de los retratos ascendería á una suma de dos, tres ó cuatro mil reales. Hoy que llegan á Madrid los americanos para que haga su efigie Sorolla, y traen en cartera seis ó siete mil duros para pagarse el gustazo, Velázquez no sabemos qué pediría... Tal vez no pidiese más ni menos, pero sonreiría si le hablasen de cientos de reales... ¡Cientos de reales á estas alturas! Sube más la cuenta del fotógrafo de moda.

* *

D. Diego del Corral puede contarse entre los mejores Velázquez del Museo. Impone la figura displicente del viejo castellano que tan admirablemente refleja la severidad de su época y de su raza y lo inflexible de su conciencia rebelde á imposiciones, incapaz de torcer la vara de la justicia. Aquella misma compostura y dignidad sombría del personaje acentúan su carácter velazqueño.

El cardenal de Goya agrada á los inteligentes, por no sé qué problemas de colorido resueltos en la tonalidad del traje todo rojo, con la gallardía peculiar del maestro de lo pintoresco y lo expresivo en nuestra pintura nacional. El rostro de este ascendiente del rey Alfonso XIII presenta extraordinario parecido con el del joven rey. No es la primera vez que compruebo la persistencia de determinado tipo fisonómico en esta familia real; la reaparición, al través de varias generaciones, de un rostro, de una figura. Ni es únicamente en la casa de Borbón donde encontramos tipos, cabezas, cuerpos, rasgos idénticos á los de las augustas personas vivas hoy; es también entre los Austrias. El retrato de Felipe IV joven, por Velázquez, previos los cambios de traje y peinado que el caso pide, sorprende por su semejanza con nuestro monarca actual. En la sacristía de la catedral de Toledo hay un Borbón, joven también, cuya cara me pareció (*mutatis mutandis*) la de la bella infanta Eulalia. Es posible que si de todas las familias se conservasen series de retratos, como se conservan los de las personas de sangre real, notásemos el mismo fenómeno. Examinando reproducciones de los retratos ejecutados por Goya, encontré una Benavente de entonces que podría ser el retrato de dos Benaventes de ahora, á los cuales he conocido.

* *

Velázquez es el sumo atractivo, el interés preferente del Museo de Madrid; pero tiene dos ó tres competidores que le disputan la viva simpatía del público, y son, para la gente sencilla y burguesa, Murillo; para los refinados y amigos de lo extraño y sentimental, el Greco, y para los aficionados á lo pintoresco, al color y al estudio de tipos y figuras esencialmente españoles, Goya.

No me atrevería yo á afirmar, como muchos ya lo afirman, que Goya es el más grande de nuestros pintores nacionales; sólo diría que es el más provocante, el más viviente. Sobre todo, el Goya del color: el de los dibujos no me parece tan fácil que se lo asimile el público. El genio de Goya se desborda en esos dibujos, y sin embargo, muchos de ellos no son sino caricaturas; geniales, sí, pero al fin caricaturas, y tienen mucho de deprimente y pesimista.

El catálogo del Museo califica á Goya de «naturalista.» ¡Cuánto habría que decir sobre el caso! ¡Naturalista! Acaso se lo pareciese á D. Pedro de Madrazo; no discutamos estas acepciones, y hasta aceptemos lo que Goya decía de sí propio, al asegurar que sólo había tenido tres maestros en su arte: Velázquez, Rembrandt y la naturaleza. Esta naturaleza, á decir verdad, es más bien la naturaleza humana, de la cual Goya sabía mucho, y malo. El paisaje le interesaba menos, y lo veía al través de los artistas que le habían precedido: en los cartones de Goya se ve la frecuente imitación del estilo de Watteau, Boucher y Fragonard.

Lo más sorprendente en Goya, cuando se le estudia (aunque no sea muy á fondo), es la facilidad con que se adapta, la flexibilidad de sus facultades, sin que pierda nunca por eso el sello propio y la frescura de su originalidad. Desde decoraciones de teatro hasta cuadros religiosos; desde caricaturas hasta composiciones ornamentales; desde la solemne alegoría hasta la bambochada, no hubo género que no acometiese. Tampoco hubo procedimiento que se le resistiese, ó que ignorase. Oleo, temple, fresco, acuarela, sanguina, sepia, aguafuerte, aguatinta, miniatura, litografía —que aprendió ya en los últimos años de su robusta vejez,—de todo esto quedan muestras y ejemplares para admiración de los artistas contemporáneos.

En el Museo se conserva algo de lo mejor de Goya; y hay quien dice que lo mejor, resueltamente, señalando este puesto al grupo de retratos de «la familia de Carlos IV.» Allí pueden verse el retrato ecuestre de Carlos IV; el de María Luisa, vestida con el uniforme de coronel de guardias de Corps y cabalgando á horcajadas; los dos grandes borrones patrióticos, el paisanaje de Madrid acuchillando á los mamelucos y los fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío; el precioso retrato de María Luisa, en traje de maja, casi hermosa á fuerza de españolismo y garbo; el de Máiquez el actor; el admirable estudio de multitud y lejanía que se llama *La pradera de San Isidro*; el soberbio retrato del general Urrutia; los brillantes cartones para tapicería, en que se desarrolla la visión luminosa de la España alegre y feliz, anterior á la invasión francesa y á las luchas políticas; meriendas campestres, bailes populares, majas seguidas por embozados, galanteadores, borrachos gozosos, damiselas bajo quitasoles de verde seda, riñas de jugadores en ventos entre calesas, chiquillos robando fruta, ciegos rascando la guitarra, elegantes petimetras columpiándose, aceroleras gallardas porteando la fruta, agentes del resguardo, segadores sobre los haces de rubia mies durmiendo la mona al sol, leñadores, floristas, mendigos, mozas de cántaro, choriceros, novilleros, lavanderas, majas manteando al pelele, aldeanos en zancos... Desfile inimitable de tipos clásicos, que conocemos gracias á Goya, que acaso si él no los recoge estarían olvidados..., porque no había que pensar que los demás pintores de aquel tiempo se empapasen en la vida nacional y la reflejasen en sus creaciones.

* *

Y como contraste, mirad después á Domenico Theotocopuli. Sus figuras os parecerán largas, incommensurables. Su colorido os parecerá raro, violento, verdoso, amarilloso. Al pronto, es seguro que no os agrada. Y si sois partidarios de la realidad, daréis la vuelta y os meteréis en la rotonda, á extasiaros con Velázquez.

Mas si tenéis la paciencia de mirar despacio al Greco, de percibir el sentimiento que de él emana, y que sutil y misterioso se desprende de la contemplación de su pintura..., entonces hasta puede suceder que Velázquez os parezca inferior á su maestro, y que el colorido veneciano del Greco os seduzca más que el del discípulo, sobre todo en la última época de su vida. El Greco gusta ó no gusta; pero si gusta, no gusta á medias.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El que en medio de las miserias de este mundo no tiene filosofía es como el que aguanta un aguacero con la cabeza descubierta.

CLAUDIO TILLIER.

Si los perfeccionamientos de armas y proyectiles continúan como hasta aquí, pronto no quedarán, después de una batalla, sobrevivientes bastantes para enterrar á los muertos.

GENERAL HAESLER.

La belleza, en suma, es el arte de agradar; lo demás es geometría.

CAMILA DOUCET.

Los acontecimientos son jueces que se hacen pagar muy caras sus sentencias; la justicia de la historia es la más cara de todas las justicias.

VALBERT.

No debe hablarse mucho de la felicidad, porque hablando de ella se la asusta.

M. DE COMBELLE.

Uno de los privilegios de la poesía es imponerse reglas para infringirlas é inventar géneros para emanciparse de ellos.

EUGENIO MANUEL.

Un diplomático ha de tener el oído bastante fino para oír volar una mosca á sus espaldas y la piel tan gruesa como la de un rinoceronte.

GENERAL DE SCHWEINITZ.



Leré ingresa en la casa provisional del Socorro

LAS MUJERES EN GALDOS

LERÉ

Nombre vulgar es el suyo: Lorenza. Mas el balbuceo infantil de *Cion*, la niña de Angel Guerra, lo torna eufónico, poéticamente sugestivo, llamándola *Leré*.

Cuidando á la niña, aya ó maestra de ella, conocemos á esta singular mujer, alma mística bajo toscas formas, doctora, sin ciencia ni letras, á su modo, por intuición de su espíritu profundamente religioso, sin exaltaciones de histérica, ni visiones de iluminada. Ser prosaico, la grandeza de su alma está en no violentar ni la naturaleza ni la realidad.

Nació en Toledo. Es un dato importante que explica la índole de su complexión psicológica. No parece sino que el espíritu de la vieja ciudad con ambiente religioso, en que las almas parecen moldearse y templarse á su calor, encarna en ella.

Criada y educada entre monjas, parece también que el ambiente conventual, todo paz y reposo, en medio de rezos y coloquios místicos, ayuda á encauzar su voluntad, disciplinando sus sentimientos é intensificando ese interno anhelo de perfecciones morales, esa sed espiritual que empuja, con caracteres de vocación piadosa, su vida hacia una ruta rectilínea, decisiva, indeclinable.

Por entonces, cuando sirve en casa del impenitente revolucionario Angel Guerra, herido en un motín callejero, Leré cuenta veinte años. No es hermosa. Mal figurada la nariz, exageradamente pletórico el seno, no muy correcta la boca, blancos y desiguales los labios, los ojos con nerviosa movilidad que marea, bien puede decirse que de encantos físicos la privó la naturaleza avara.

Cion, la niña, muere. Mientras ésta vivió, como si voluntariamente se hubiese impuesto ese deber, más de madre que de aya, Leré estuvo á su cuidado y servicio. Mas, muerta la nena, la buena mujer, recobra la libertad, siéntese, como impulsada por una fuerza superior, necesitada de cumplir su destino, llevando su vida por el curso que le señala su firme convicción. Quiere volver y vuelve á Toledo á encerrarse para siempre en un convento de monjas, allí donde las reglas sean más rígidas, los trabajos más duros, las pruebas hasta un límite extremo penosas y rudas.

Al proponerle Angel Guerra desposarla, haciéndola su esposa, prendado el antiguo demagogo de los talentos y virtudes de ella, dolorido de la soledad en que su vida cae al morir los dos únicos seres queridos, su madre y su hijo, á punto de olvidar á Dulce, con quien, en ilícitas relaciones, ha consolado sus tristezas de viudo, Leré renuncia tanta fortuna, porque su amor está más alto que los amores humanos

y su ambición pasa por encima de los codiciados bienes de la tierra.

No flaquean los ánimos de Leré ante estos requerimientos. Tampoco desmaya su vocación más tarde al ver el cuadro de miseria que presenta el hogar de su familia. Espíritu reciamente templado, ni se rinde á la promesa de venturas, ni se entrega ante las realidades del dolor. Parece que no lleva

envoltura carnal, que no es ser creado con barro humano. Y es que las pasiones como los sentimientos en ella se encuentran forzados á la disciplina inexorable de una idea.

Desoyendo consejos, súplicas y promesas, sigue su camino. Ingresando en la casa provisional del Socorro, procuradora de los pobres, establecida en Toledo. Allí, con el amor que por ella sintiera aún vivo, como siguiendo sus pasos, va á buscarla Angel Guerra, en quien el ardor revolucionario, evolucionando en opuesto sentido, se trueca poco á poco en pasión mística, bajo la influencia de la amada fugitiva.

Quizás haya perdido encantos con el hábito. Cuando ve y habla á Leré á través de las rejas del locutorio, no repugna al enamorado, porque ya no sabe ver en ella más que el espíritu que la anima, la idea que encarna, aquella figura un tanto desmembrada con falda de estameña negra, la manga perdida, tosca esclavina, cerrada toca y velo blanco.

De nuevo requiere su compañía y que vuelva al mundo constituyendo un hogar. Imposible.

Leré comprende la tenacidad de Angel Guerra. Ella no ha sabido nunca lo que es amor á hombres. En cambio su amor es un definido temperamento de pasional impulsivo. Por eso le aconseja que se case con Dulce, á pretexto de legitimar sus amores, reconciliándose así con la sociedad y con Dios.

Mas quiere él unir su vida á la de la monja, seguir el mismo destino, sometiéndose á su dirección espiritual, pronto á todos los sacrificios. Leré, más piadosa que convencida, acepta convertirse en mentor. Angel Guerra ejecuta todas las decisiones de Leré. Ella es la idea, la inspiración, la voluntad que ordena aquellas obras de filantropía humana que realiza Angel Guerra, llevando al asilo que improvisa á los pobres, á las más humildes gentes, mendigos, ciegos, ladrones, tullidos.

En Leré la fe es ciega, en su convicción hay firmeza; es uno de esos seres que «son la idea neta y el sentimiento puro.» En Angel Guerra nunca llega una disciplina interior, á pesar de la santidad externa, á dominar las pasiones, que acaso se aduermen, pero siempre vivas, prontas á estallar. La ira lo lleva á reñir con aquellos facinerosos que asaltan su casa para robarla; la sensualidad espoleada súbitamente lo empuja, la noche que vela á un agonizante con Leré, á atraparla brutalmente.

En estos casos, la naturaleza de Angel Guerra recobra su imperio, rompiendo la camisa de fuerza de su falsa santidad.

Nó se entienden los dos; no pueden entenderse. No llegarían nunca estos seres á compenetrarse. De distinta índole, sus caracteres no pueden ser amados.

Más fría, Leré mantiene en pie sus resoluciones. Por un engañoso espejismo, Angel Guerra quiere va-

riar el curso de su propia vida, desvirtuar la índole de sus sentimientos, violentándolos. Es hombre, con pasiones, deseoso de cariños, con estrechos egoísmos individuales, propios de la naturaleza humana y que responden al fin social y al espíritu de renovación y creación de la especie. Quiere un hogar, una familia, disfrutar las alegrías de la vida y las venturas de la tierra.

Leré, por el contrario, es una idea que se ha vestido de barro humano. Es altruista, abnegada, con sinceros desprecios de la propia persona. Su amor, para ser grande, necesita ser como es, no concretarse en un hombre, sino en la humanidad toda; su misericordia no se lastima solamente de las miserias de su propia familia, seres que son carne de su carne y sangre de su sangre, sino que, elevando más alto esta virtud, convirtiéndola en un sentimiento amplio, general, se conduce de los dolores ajenos, de los que sufren todos los seres sobre el haz de la tierra. Y es que á ella, en sus amores y piedad, la empuja la idea de lo grande, de lo universalmente humano.

La filosofía de Leré sobre la vida acusa alteza de intenciones. Es humilde, porque esta gran virtud es madre de todos los bienes; es contento espiritual, paz del mundo. Precisamente las variantes de esta virtud, obediencia, servidumbre, resignación, sacrificio, desprecio á la felicidad, trae la única dicha posible, olvido de uno mismo, júbilo en la alegría de los demás, tristeza ante los extraños dolores que por compartirlos nos produce el regocijo de creer que los aliviamos.

Las pasiones indisciplinadas son las que causan daño al alma, haciéndola infeliz. Conviene la mansedumbre ante la ira, la piedad para el ultraje, el perdón con el agravio, el cariño en correspondencia al desdén. Es todo un curso de disciplina espiritual, una ética altruista, de una perfección sublime. Y como virtudes activas, pródigas en regalos para el alma por el bien que produce á los demás seres, Leré piensa en la caridad, en el desinterés, en la abnegación.

Muchas veces cavila y explica que haría y sentiría un gran bien si los males ajenos los pudiera tomar para sí.

Con esta clase de convicciones se templan, en verdad, las almas heroicas, si por sus resultados humanos, más que sus fines divinos, no se las quiere llamar santas.

La fe en estos principios presta á Leré un ímpetu de batalla. «Los trabajos—dice,—las penas y enfermedades mírolas yo como pruebas de las cuales no debemos huir.» No hay que buscar, al son de su filosofía de la vida, el agrado de los sentidos, los efímeros placeres que, presto pasados, se tornan crueles hasta en el recuerdo. La única verdad humana, eterna y trágicamente inexorable, es el dolor.

Pues mejor es buscarlo, hacerlo compañero, acrisolando el alma en la lucha, haciendo una religión del sufrimiento. Si ha de venir de un modo cierto, tarde ó temprano, sea el dolor hermano nuestro, amómosle como á novia que hemos de desposar y á cuya voluntad necesariamente hemos de ligar la vida.

En la adversidad es donde las almas, depurada la escoria, muestran su grandeza. ¿Acaso es vivir la holganza, la pasividad cómoda, esa especie de no ser, puesto que no se vive plenamente, porque no se lucha, ni se triunfa, ni siquiera se es vencido?

¿Qué méritos tienen esas vidas á las que todo bien les es dado sin buscarlo con afanes, ajenas en todo á la pena?

Se han deslizado por la existencia, como aguas por cauce de hierro que no han fecundado la tierra

por donde pasaran. Mientras que las aguas libres, á campo traviesa corriendo, ellas mismas se han abierto paso, han ido dejando en las márgenes por lo menos flores.

Encontrar la resignación en la adversidad es hallar la clave de la paz en la vida. La felicidad humana, si existe, no es otra cosa que esa resignación muy pocas veces perseguida, casi nunca encontrada. Los que la hallaron, como santos, como heroicos espirituales, los reverenciamos devotamente asombrados.

La soberbia pierde á los hombres, defecto moral el más grave de todos. Contra ella es inexorable el juicio de Leré, llevada de esa visión de una imposible humanidad perfecta.

«¿Qué más da—repite—pedir el pan de limosna que recibirlo de un administrador?» Mirando desde alto, con un sentido libre de preocupaciones sociales este asunto, es necesario autorizar el juicio con nuestra conformidad.

Sabia y santa alma la de Leré. No sé si será una mística, con exaltaciones de amor divino, pero hallo en ella atisbos de una hermosa fe humana, piedad sin límites para todos los seres y adecuación ejemplarísima á las inevitables miserias de la existencia. Si es una idea, Leré es grande; si simboliza un sentimiento, mayor me parece.

De todos modos, como para el pobre amorador de la novela galdosiana, siempre será un sueño, una poética ficción, tanto más amada cuanto menos asequible á los humanos anhelos.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

Fallecimiento y entierro del presidente de la República Dr. D. Manuel Quintana. — Primer ministro del doctor Figueroa Alcorta.

La noticia de la muerte del primer magistrado de la nación vino á sorprender al pueblo todo de la República. Por más que se sabía que al Dr. Quintana le aquejaba antigua dolencia, no se creía fuese enfermedad grave, y menos aún cuando los diarios adictos á su política hacia días le daban ya poco menos que por restablecido y hasta habían fijado la fecha en que volvería á hacerse cargo del poder ejecutivo, que por consejo facultativo había puesto en manos del vicepresidente Dr. Figueroa Alcorta dos meses antes.

La dolorosa nueva repercutió por toda la capital poco después de las dos de la madrugada del día 12 del corriente, cuando la sirena del diario *La Prensa* con sus agudas notas dió á entender que algo anormal pasaba en la ciudad.

Pronto la Avenida y la Plaza de Mayo llenáronse de gente ávida de saber noticias, y la nueva cundió rápidamente por todo Buenos Aires, luego por toda la República y después por todo el mundo civilizado.

De todas partes empezaron á llegar telegramas y notas de pésame á millares, pues dejando aparte pasiones políticas, el Dr. D. Manuel Quintana era persona muy estimada por sus naturales cualidades, por su preclarísimo talento y hasta por sus dotes de gobernante, que escasamente pudo desplegar durante el breve período de diez y siete meses que ejerció el mando supremo de la nación.

Al hacerse día, la ciudad presentóse enlutada. Por todas partes banderas de todas las naciones del globo flotaban al aire izadas á media asta, adornadas de negros crespones, permaneciendo cerradas tiendas, casas de comercio, sociedades, bancos y edificios pú-

blicos. El pueblo tomó sentida parte en el duelo, demostrando su sentimiento en la corrección y preocupada tristeza que se notaba en todos los semblantes, yendo las personas por las calles como meditando en lo deleznable de las pompas y glorias mundanas.

El vicepresidente, en ejercicio del poder ejecutivo, al tener conocimiento del fallecimiento del Dr. Quintana, acaecido á la una y media de la madrugada del mencionado día, reunió el ministerio y empezó á dic-

El Dr. Quintana contaba setenta años de edad. Descanse en paz el gran orador é ilustre tribuno, gloria del foro argentino.

**

Cumplidos los deberes cristianos con el extinto Dr. D. Manuel Quintana, todos los ministros que le acompañaron durante el tiempo de su presidencia

presentaron la renuncia colectiva al nuevo presidente, quien la aceptó.

El Dr. Figueroa Alcorta ha procurado rodearse desde el primer momento de personalidades, algunas vinculadas con los partidos llamados de coalición, que fueron los triunfantes en las últimas elecciones á diputados nacionales por la capital, elección que fué garantida con la absoluta imparcialidad, rectitud y firmeza del actual presidente, que entonces ejercía el poder por delegación, obligando á los elementos oficiales á no tomar parte activa y menos imponerse, como era de uso y costumbre en anteriores elecciones.

La mayoría de los ministros lo han sido ya distintas veces y todos tienen práctica en el manejo de la cosa pública. El doctor D. Norberto Quirno Costa, como ministro del Interior, está en su verdadero elemento. Es político que conoce perfectamente el tinglado de los gobiernos provinciales, amén de conocer las necesidades de los territorios hasta hoy un tanto olvidados.

El Dr. D. Manuel Montes de Oca es la primera vez que alcanza la cartera; pero su conducta, su talento y acción como secretario de la comisión asesora cerca del árbitro en Londres, cuando la cuestión de límites con Chile, su finura, caballerosidad y conocimientos de los intereses internacionales, son garantía del acierto con que desempeñará el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

El ministro de Hacienda, Dr. D. Norberto Piñero, es un financiero de primer orden, y la confianza que ha despertado su nombramiento indica bien á las claras las simpatías de que goza entre las gentes de negocios, la alta banca, Bolsa y comercio en general, productores é industriales.

El Dr. D. Federico Pinedo entra en el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública en un momento de prueba, por estar en completo desquiciamiento, no sólo la enseñanza secundaria, sino también la superior, especialmente las facultades de Derecho y Medicina. Mucho tendrá que luchar el Dr. Pinedo para llevar á buen cauce esta importantísima parte de su sección, y no será menor la que tendrá que sostener en pro del mejoramiento de la justicia, especialmente en los territorios nacionales. Con tacto y los grandes conocimientos y cualidades personales que adornan al Dr. Pinedo saldrá triunfante de la prueba.

El ministro de la Guerra, teniente general D. Luis M.^a Campos, es un militar pundonoroso, todo alma y corazón, quien considera y ama la milicia como si fuese componente de su propia familia. Amantísimo de la disciplina, pero de la disciplina emanada de la justicia, no del capricho, ha de corregir grandes abusos y grandes irregularidades hijos de la incuria y falta de conciencia. Mucha satisfacción ha causado tal nombramiento y mucho se espera del estimado general encanecido en el servicio de las armas, sin deber ascensos á la política, sino á sus personales méritos.

Poco hay que decir respecto al contraalmirante don



Las Bellas Artes, relieve de A. Drury

tar las disposiciones para rendir el último tributo y los honores debidos al extinto según su elevada jerarquía.

Durante el día 12, los restos mortales del doctor Quintana permanecieron en la casa mortuoria, dándoles guardia un piquete de cadetes, y al día siguiente, á las diez de la mañana, fueron trasladados con gran pompa á la casa de gobierno, donde se velaron hasta la hora del sepelio. A las nueve del día 14 formóse la comitiva, trasladándose el féretro á la catedral, donde se ofició solemne misa de cuerpo presente, y después al cementerio del Norte, llamado de La Recoleta.

Las tropas estaban tendidas á lo largo del trayecto, presentando armas al paso del féretro, colocado sobre armón de artillería arrastrado por ocho caballos.

Como el día había sido declarado feriado, la concurrencia fué inmensa; y á pesar de la aglomeración no hubo que lamentar el más pequeño incidente. Todo el mundo estuvo correcto, paciente y respetuosísimo. Fué una verdadera manifestación de duelo, pues en el acompañamiento figuraron representaciones de todas las entidades sociales.

En el atrio del cementerio, el Dr. Figueroa Alcorta pronunció una sentida oración fúnebre, hablando después el ministro de Relaciones Exteriores Dr. Rodríguez Larreta, Dr. Pellegrini y otros notables oradores.

En tanto la artillería disparaba sus ciento un cañonazos, y poco después las descargas reglamentarias anunciaron que el que fué Dr. D. Manuel Quintana había recibido cristiana sepultura.

REPÚBLICA ARGENTINA.—PRIMER MINISTERIO DEL Dr. FIGUEROA ALCORTA

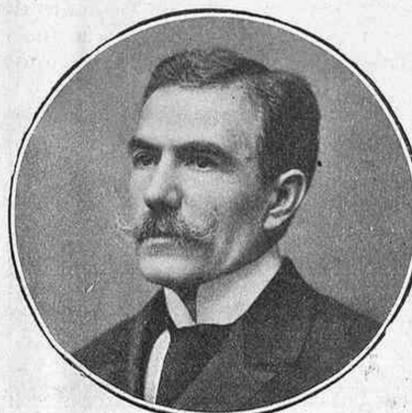
(Fotografías de A. S. Witcomb y Freitas et Castillo, remitidas por D. Justo Solsona.)



DR. D. NORBERTO QUIRNO COSTA
Ministro del Interior



DR. D. MANUEL MONTES DE OCA
Ministro de Relaciones Exteriores



DR. D. NORBERTO PIÑERO
Ministro de Hacienda



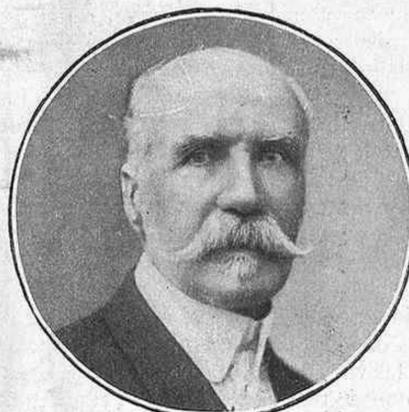
DR. D. FEDERICO PINEDO
Ministro de Justicia é Instrucción Pública



TENIENTE GENERAL D. LUIS M.ª CAMPOS
Ministro de la Guerra



CONTRAALMIRANTE D. ONOFRE BETBEDER
Ministro de Marina



D. MIGUEL TEDIN
Ministro de Obras Públicas



DR. D. EZEQUIEL RAMOS MEXÍA
Ministro de Agricultura

Onofre Betbeder, ministro de Marina, sino que vuelve al Ministerio á los quince meses de haberlo dejado. Sin embargo, en el nuevo período tendrá que mostrar sus grandes cualidades administrativas y náuticas, pues se hace cargo de la cartera en el preciso momento en que Chile comunica á la Argentina que va á emprender la construcción de grandes acorazados para reforzar su escuadra, cuales buques estarán lis-

tos cuando haya terminado el tratado de la equivalencia naval entre ambos países. Naturalmente que la Argentina mandará construir nuevas unidades de combate para reforzar la deficiente escuadra actual.

Se ha hecho cargo del Ministerio de Obras Públicas el ingeniero D. Miguel Tedin, persona competentísima y de ciencia que sabrá dar gran impulso á esta rama del poder ejecutivo.

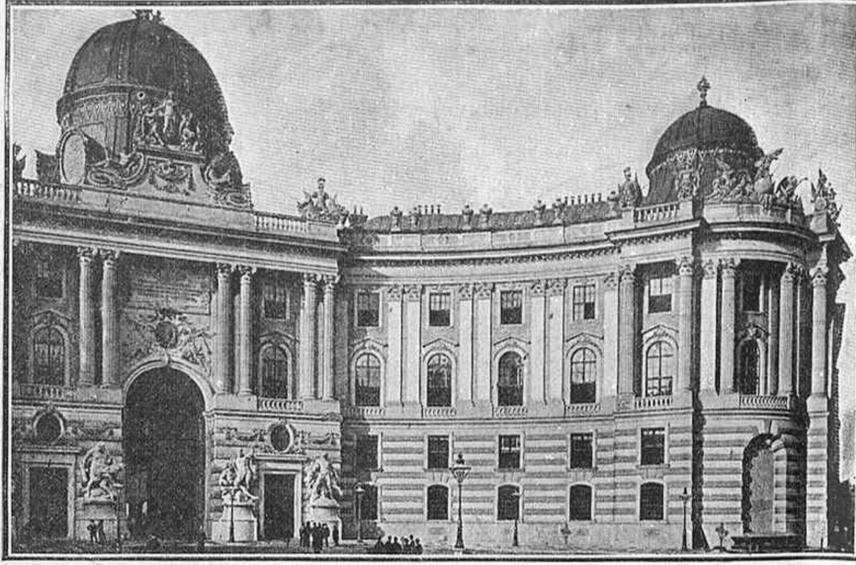
Y finalmente, el ministro de Agricultura, doctor Ezequiel Ramos Mexía, es persona que conoce á fondo, de tiempo atrás, este Ministerio, que seguramente desempeñará á maravilla, rectificando y ampliando procedimientos que serán garantía de progreso y población de los territorios, base de la futura riqueza siempre creciente del país.

Buenos Aires, marzo 1906.

JUSTO SOLSONA.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—ENTIERRO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DR. D. MANUEL QUINTANA
(De fotografía de la Galería del P. B. T. Revista ilustrada, remitida por D. Justo Solsona.)



Rotonda de la plaza de San Miguel. (Entrada del palacio imperial.)

UN PASEO POR VIENA, por R Balsa de la Vega

La ciudad del Danubio tiene para el visitante español un interés grande. Las reliquias que de la España de otros siglos se guardan en sus museos y en el palacio imperial, despiertan recuerdos históricos, de tiempos y personas, que si exaltan la imaginación también producen amarguras.

Seguramente que D. Alfonso XIII habrá experimentado alguna de esas emociones. Por sus venas corre la sangre de dos familias un día irreconciliables; y de aquella lucha que convirtió a España entera en un solo campo de batalla, más de un vestigio habrá podido contemplar y estudiar en el palacio del emperador Francisco José.

No menos grande habrán sido para el joven soberano los recuerdos evocados por las preseas de Carlos de Gante, conservadas cuidadosamente en las vitrinas del Tesoro de la corona de Austria. Al contemplar aquellas joyas, habrá recordado grandezas contadas por la historia y jamás igualadas por las naciones de los modernos tiempos, y quizá, allá en lo íntimo de su alma, habrá sentido la amargura que dictó a Dante aquellos versos famosos:

*Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria...*

* *

Es Viena una de las más bellas capitales de Europa. A María Teresa, como al presente al viejo emperador, débele la ciudad del río azul la mayor parte de sus bellezas.

De mis varios viajes a Viena he traído siempre recuerdos dulcemente melancólicos, a pesar de las alegrías con que brinda al viajero la hermosa ciudad. La suntuosidad de sus magníficos boulevares del Ring, las fastuosas edificaciones que se elevan especialmente en la Franzring; sus museos y galerías como las Harrach y del Belvedere; sus salas de conciertos; su famoso Prater; los admirables *quais* del Danubio, todo allí es simpático y majestuoso, y retiene al visitante del Mediodía aun en la triste época del invierno. Pero con todo esto, Viena ofrece otro aspecto que es para mí el más interesante; y ese aspecto muy pocos son los viajeros que lo advierten.

Es frase vulgar en todo el imperio la de que «para divertirse hay que ir a Viena.» Yo recuerdo que hallándome cierto día en un café de Buda Pest, varios jóvenes se citaban para concurrir a un lugar de frachela, é invitaron a un amigo mío que me acompañaba en aquel instante. Excusóse éste poniendo por pretexto el deber de servirme de *cicerone* durante mi estancia en la capital de Hungría; y como le preguntase yo qué le proponían aquellos jóvenes, me contestó riendo que «les acompañase por la noche a Viena.» Pues bien: no todo es en Viena risas y orgías; también hay algo en la capital de Austria que evoca las melancolías de las viejas ciudades históricas, hoy muertas.

* *

Próxima a la linda calle de Am Graben, una de las más animadas de Viena y que, por sus comercios lujosos y por la predilección que por ella muestra el vienés, recuerda en ciertas horas de la tarde la carrera San Jerónimo de Madrid, álzase la famosa catedral de San Esteban, con su magnífica torre de 138 metros de elevación. La parte de Viena que va desde este soberbio edificio hacia el Sur, pertenece todavía

vienesa. Primitivamente fué románica y su aspecto debió de ser el de una fortaleza. Sobre los restos que aún conserva, de su primer estilo, y agrandando su área, se edificó el actual templo gótico, obra de un siglo que comienza en los mediados del xiv y concluye en los del xv. La torre tardó más de centuria y media en verse terminada.

San Esteban ofrece una particularidad digna de estudio. Siendo como es un templo gótico, no tiene arbotantes, las muletas, que dice Taine, de la criatura arquitectónica de ese estilo. Tampoco tiene crucero. Al exterior semeja la forma de una urna colosal flanqueada por la torre. La labor de sus ventanales, doseletes, rosetones y ojivas, pináculos y contrafuertes, es exquisita. La torre parece de encaje; yo no recuerdo pirámide más larga y fina en el ojivo; las otras torres que se yerguen en ambos lados de la fachada principal, por el contrario, no rebasan de ésta y parecen restos de torreones de un castillo, pese a los pináculos góticos con que los decoraron un siglo más tarde. Dichas torrecillas son del siglo xii.

En el costado izquierdo de la catedral, y al exterior, adosado a un contrafuerte, vese el púlpito famoso donde San Juan de Kapistrán predicaba la guerra contra los turcos, que apoderados de Bizancio amenazaban con apoderarse de la Moravia, de la Moldavia, de Bohemia, como lo habían hecho de una parte de Europa. Aquel púlpito recuerda una fecha gloriosa en la Historia de España: desde él se anunció a los vieneses la victoria de Lepanto.

En el interior, las tumbas de Rodolfo IV y del famoso Federico III, entre otras, traen a la memoria la fundación del imperio austro-bohemio-húngaro. Algunas de las vidrieras son muy bellas. Los frescos de la capilla de Saboya son asimismo obras maestras, y el arte escultórico alemán del siglo xv dejó varios de sus mejores *specimens* en el púlpito y en las pilas bautismales.

Otro monumento hay en Viena que a su mérito artístico une el encanto de románticos recuerdos. Me refiero a la iglesia de los Agustinos. También es obra del siglo xiv y por lo tanto ojival. La tracería de la gran nave es delicadísima. Se compone de tres y carece, como la catedral, de transepto.

En la nave lateral izquierda hállase el sepulcro de la archiduquesa Cristina, obra famosa de Canova, y que el escultor francés Bartholomé recordó más de la cuenta en su celebrado *Monumento a los muertos*. En la otra nave, ó sea la lateral derecha, álzase el mausoleo de Leopoldo II, del escultor Zanner, y el del famoso feldmariscal Daun. En una urna de cristal y plata y cerca del enterramiento de la archiduquesa Cristina está el cuerpo de Santa Victoria. El público puede ver cubierta por ropas del siglo xvi la momia de la santa.

La parte más antigua de esta iglesia, seguramente anterior al siglo xiii, es la capilla de Loreto. La impresión que causa tal recinto es grandísima. Sombrío y de baja bóveda, desnudo de toda decoración, solamente se ven los reclinatorios de tosca y pobrísima forma que utilizan el emperador y su corte para orar ante el altar, donde en ánforas de plata hállanse depositados los corazones de los Ausburgos que ocuparon el trono. Largo tiempo estuve contemplando aquellos vasos de traza clásica que tales despojos contienen. Hacía poco más de un mes que acababa de ver en la isla de Corfú, en aquel paraíso semigriego, semiasiático, asentada en la cumbre de uno de los montes que baña el mar Jonio, rodeada de palmeras, olivos, naranjos y adelfos, la suntuosa *villa* que la última emperatriz de Austria había construido allí para gozar

a la Viena antigua. Como por encanto, el viajero se cree trasladado a una ciudad de otros siglos. Las calles son estrechas y costaneras, y por encima de los tejados de las casas, denegridas por el clima húmedo y nebuloso de Viena, distínguese la silueta de la torre de la catedral, que hunde su calada aguja en las plomizas nubes.

Grandes recuerdos históricos evoca la catedral

todos los años de las primicias de la primavera, de las delicias de aquel sol, de las brisas perfumadas queorean las sagradas costas de la Jonia y de Grecia. En el oratorio de la lejana *villa* arde constantemente una lamparita delante de la imagen del *Corazón de María*; también en la sombría capilla de los Agustinos de Viena arde una lámpara en el semicírculo que forman las ánforas depositarias de los regios corazones de los Ausburgos, y a su luz amarilla y vacilante pude leer en la última ánfora de la izquierda el nombre de la desventurada propietaria de la *villa* de Corfú.

Muy cerca de esta iglesia hállase la Michaelerplatz, sobre la que da uno de los departamentos más antiguos del Hofburg ó palacio imperial. En esa parte del edificio instaló la emperatriz María Teresa el Tesoro de la casa imperial de Austria, y el actual emperador lo reorganizó.

La visita a tan singular Tesoro tiene un alto interés, especialmente para los españoles, aun cuando no existan en él muchas piezas, así de orfebrería como de pintura, panoplia, diplomática, etc., que han sido repartidas entre distintos Museos. Sin embargo, los recuerdos que relacionados con el período más brillante de la historia de España se guardan en las vitrinas de este Tesoro, son únicos. La figura del nieto de los Reyes Católicos parece surgir evocada por algunas de aquellas preseas y vestiduras cuyo valor artístico é histórico es incalculable. Allí está la corona llamada de Carlo Magno, *estema* ochavada ornada de *gemmas* y piedras preciosas, con la cruz sobre la placa frontal y el aro que parte de éste al posterior cuajado de perlas, luciendo en cada placa un asunto bíblico, esmaltado finamente; allí está la espada también de Carlo Magno, que quizá recuerda la terrible hecatombe cantaba en el Altabiscar y que costó la vida a los caballeros de la Tabla Redonda; allí está el cetro de Maximiliano I; allí está el *orbe*, joya bizantina; allí también el famoso manto bordado por los moros palermitanos en 1133, época del reinado del franco Roger II de Sicilia, obra singular, maravilla del arte del bordado. Todas estas joyas y vestiduras recuerdan a Carlos V, que las vistió al ser solemnemente coronado en Aquisgrán.

No menos interesante es la vitrina que guarda las joyas de la Orden del Toisón. Como única está la *potence*, que usó también Carlos de Gante. Los eslabones y placas son de oro purísimo, admirablemente esmaltados, y distínguese de todos los Toisones que se labraron con arreglo a lo marcado en las instituciones de la Orden, en que vense en todo el collar las armas del emperador español, grabadas juntamente con las columnas de Hércules y la leyenda *Plus ultra*. Este blasón imperial substituye a los escudos que iban entre vellón y vellón.

En el libro de la Orden aparecen los nombres de Spínola; de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba; el duque de Segorbe; el duque de Ariano; el príncipe Felipe (después Felipe II); el almirante de Castilla, conde de Melgar, de Medina de Rioseco; el marqués de Pescara, y otros hombres ilustres de los días de Carlos V. La evocación no puede ser más grande ni más amarga. También de Felipe II hay en esa vitrina una joya de la orfebrería española; el crucifijo de oro y esmalte ante el que juraban los caballeros.

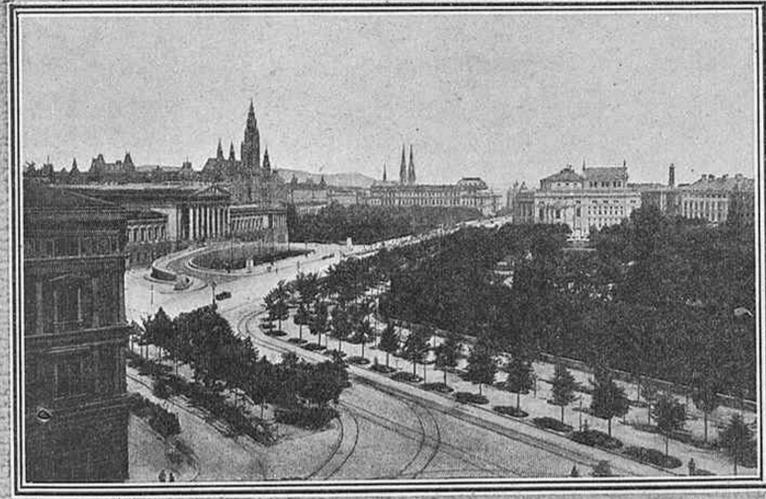
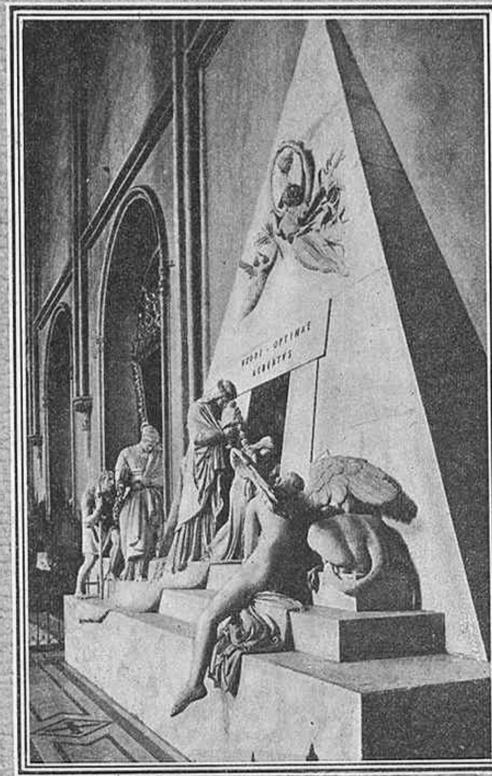
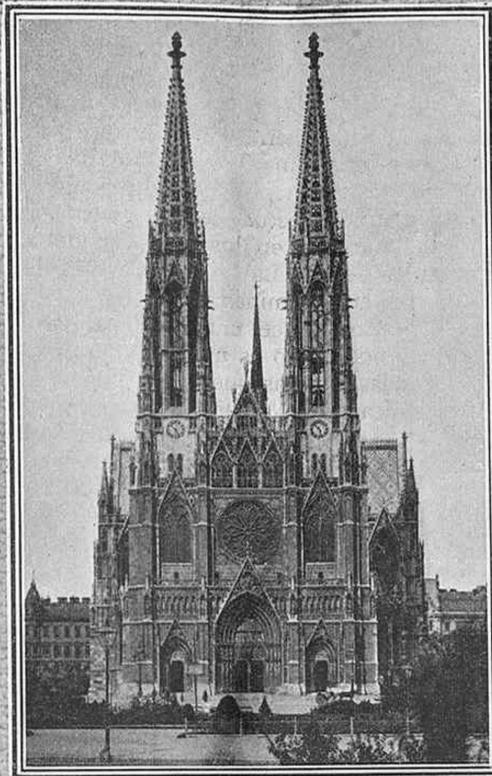
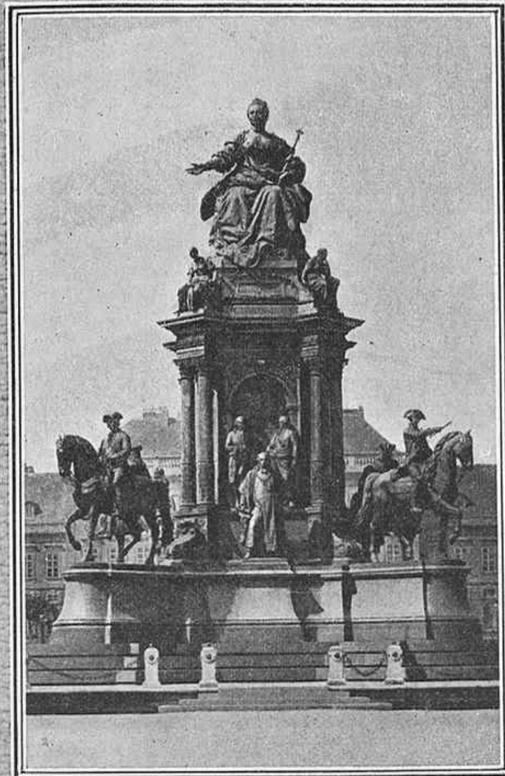
No terminan aquí los recuerdos de España que hay en Viena. En el Museo de *Artes históricas* pueden verse joyas admirables, presentes de un valor artístico é histórico grandísimo. En el de pinturas, cuadros de Ribera, de Murillo, de Juan Bautista del Maso, y uno de Velázquez; y de este gran maestro retratos de Felipe IV y de su segunda mujer, de la infanta Margarita Teresa, del príncipe heredero, muerto prematuramente, de otros infantes y de Carlos II, monumental pintura debida a Carreño.

Verdaderamente, al contemplar estos átomos dispersos de una grandeza muerta, no puede por menos de acudir a la memoria la hermosa lamentación del poeta:

*¿Quién no llora en su acordar
de aquellas cosas pasadas
que solían?..*

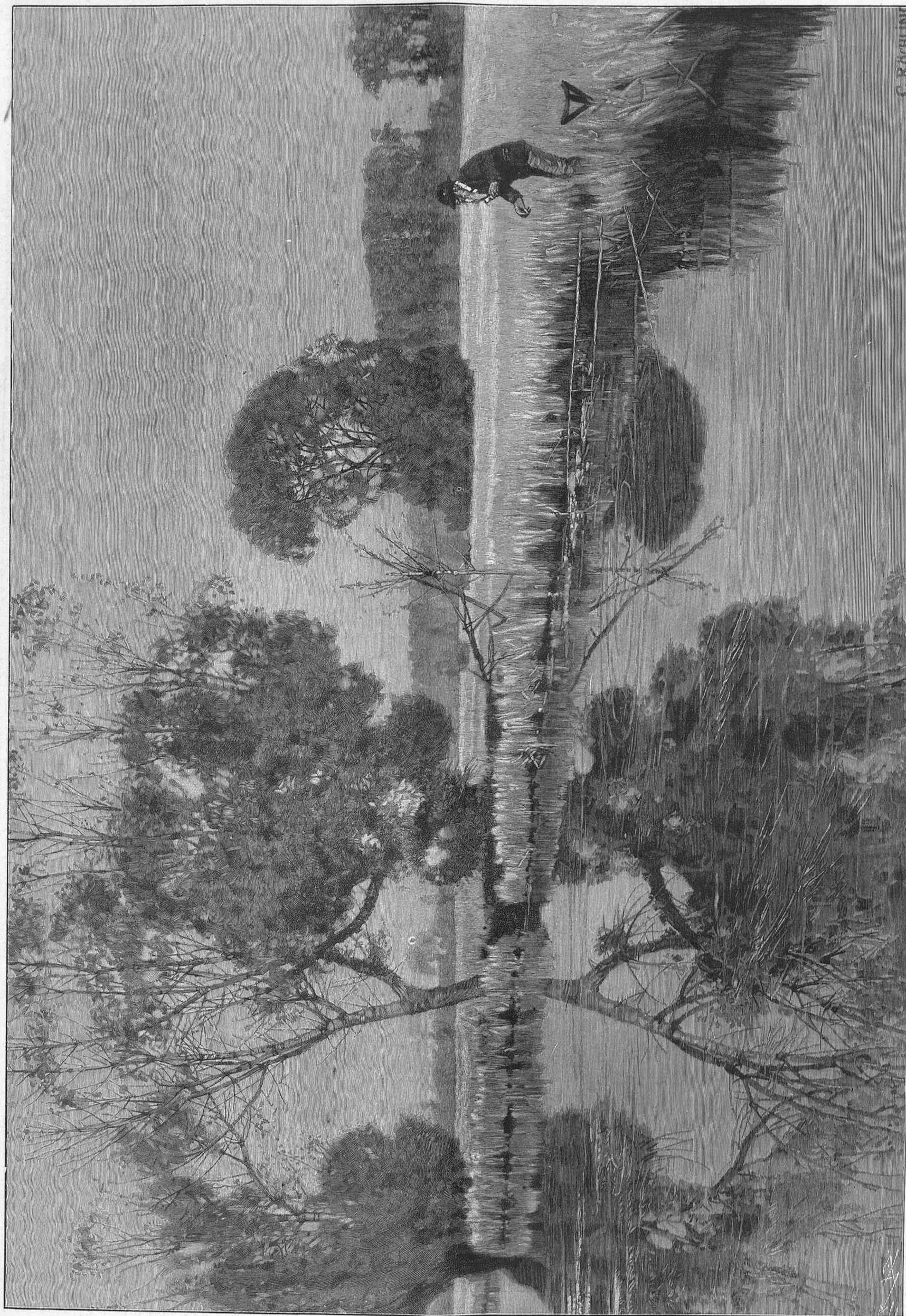
Cierto que adondequiera que el viajero español se dirija tropezará siempre con la sombra de aquella España poderosa, cobijada en las ruinas de sus propias obras.

R. Balsa de la Vega.

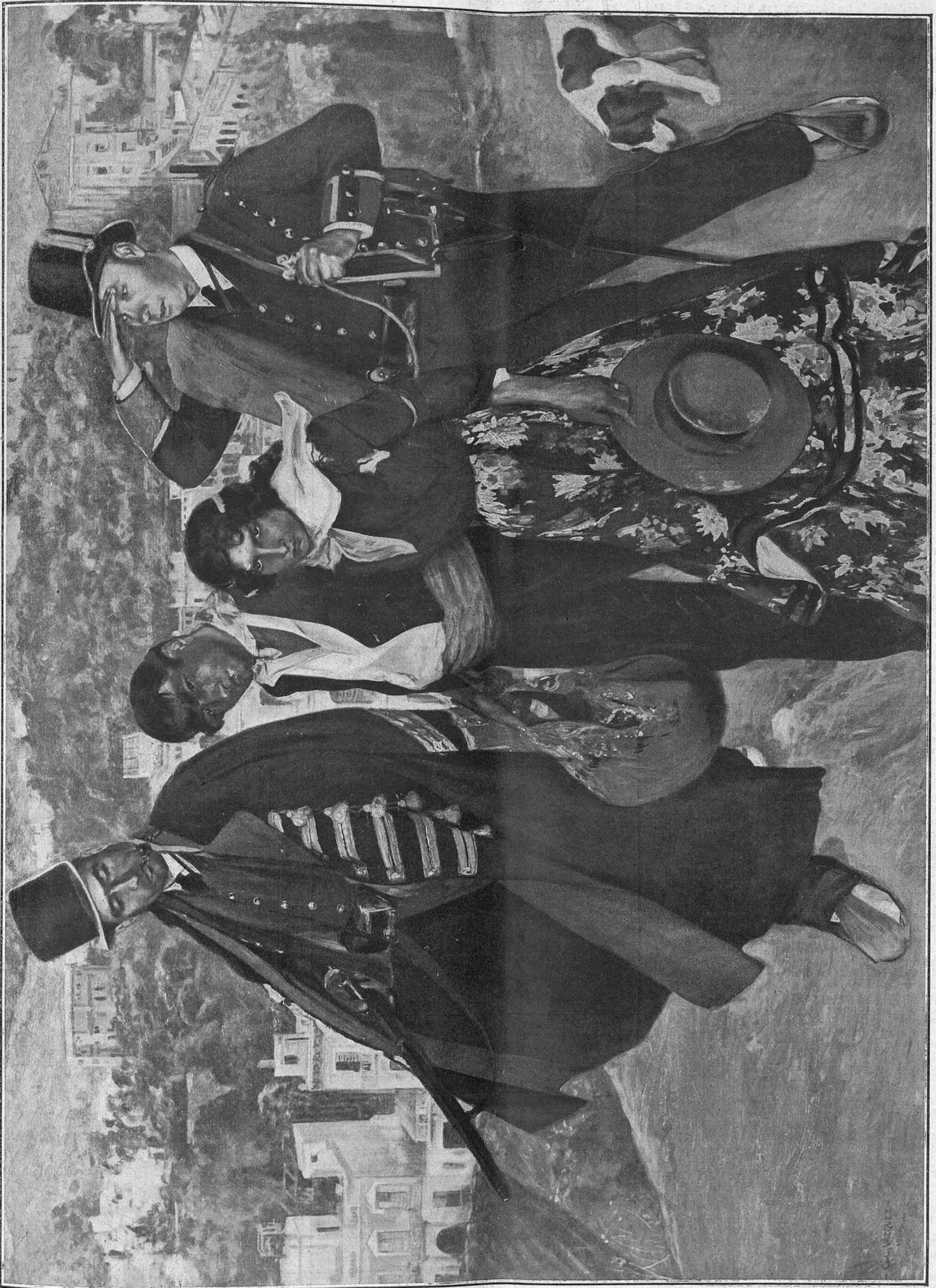


La calle llamada *Am Graben*. - Teatro de la Opera. - Monumento de María Teresa. - La iglesia votiva de Maximiliano. - El sepulcro de la archiduquesa Cristina (obra de Canova).
Universidad. - La gran avenida *Franzenring*. - El Museo Imperial. - El palacio del *Reichsrath* (palacio de la representación nacional).

PRINCIPALES SITIOS Y MONUMENTOS DE VIENA. (De fotografías.)



MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de Carlos Rochlin



UNA CAPTURA EN LOS ALREDEDORES DE BARCELONA, cuadro de Carlos Vázquez. (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1906.)

BELLAS ARTES

(Véanse grabados de las págs. 329, 332, 336, 337, 338 y 344.)

Tipo oriental, cuadro de Leopoldo Carlos Muller. - Cuando se quiere trasladar al lienzo una figura que sea algo más que reproducción de un individuo, es decir, que sintetice hasta cierto modo una raza, es preciso que el artista ponga en su obra, no sólo aquello que el modelo ofrece á sus ojos, sino además los rasgos fundamentales que á dicha raza caracterizan. El pintor vienés Leopoldo Carlos Muller lo ha hecho así en su



Floralia, busto decorativo de Lamberto Escaler

Tipo oriental, y gracias á ello nos da una imagen en cuyos ojos, en cuya boca, en cuya actitud, en cuya expresión, vemos esa languidez, ese sensualismo, ese abandono que nuestra fantasía toma como cualidades distintivas de las mujeres de aquellos países en donde el sol brilla intensamente sobre un cielo puro y diáfano y en cuyo ambiente flotan embriagadores aromas.

Las Bellas Artes, relieve de A. Drury. - Huyendo de la rigidez clásica, modernizando en cuanto á la factura un tema de antiguo tratado por pintores y escultores, el autor de este relieve, el célebre artista inglés A. Drury, miembro de la Real Academia de Londres, presenta á las Bellas Artes formando un grupo animado, tan artístico como lleno de vida, y en el cual aparecen aquellas fraternalmente abrazadas, como si quisieran significar que todas ellas están unidas por un mismo espíritu, impulsadas por una misma idea, el espíritu y la idea del culto que todas tributan á la belleza. Hermosa por el pensamiento en que se halla inspirada, la obra de Drury es admirable asimismo por su ejecución perfecta.

Mañana de otoño, cuadro de Carlos Rochlin. - Para saber si un artista ha estado acertado en la interpretación de un asunto, sobre todo si el asunto consiste en la reproducción de un aspecto de la naturaleza, basta que al ponernos delante de su obra nos preguntemos si la contemplación de ésta nos hace sentir aquello mismo que sentiríamos puestos en presencia de la realidad. Aplicando este criterio al cuadro de Rochlin, preciso es confesar que la prueba resulta por entero favorable al pintor; en efecto, esos árboles que los primeros fríos van deshojando, ese agua estancada en donde se refleja un cielo uniformemente gris, ese ambiente de indefinible tristeza que flota en todo el paisaje, todo infunde en nosotros esa melancolía especial de los días otoñales, en los que nos parece asistir á la agonía de la naturaleza, tanto más dolorosa cuanto mejor recordamos la vida potente que poco antes alentaba en ella, la esplendidez de las galas con que en los días estivales se embelleciera.

Una captura en los alrededores de Barcelona, cuadro de Carlos Vázquez. - En el Salón Parés de esta ciudad primero y actualmente en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, ha llamado con justicia la atención del público y ha merecido los mayores elogios de la crítica ese hermoso lienzo, que es un trozo de vida arrancado de la realidad. Carlos Vázquez ha demostrado una vez más su talento y con esta obra se ha colocado á la altura de los mejores artistas. Las cuatro figuras del cuadro están admirablemente sentidas y ejecutadas con un vigor, con una sobriedad difícilmente superables; cada una de ellas expresa con maravillosa intensidad un estado de ánimo perfectamente definido y todas juntas constituyen una escena dramática que no necesita explicación para ser claramente entendida. Añádase á esto la habilidad con que está trazado el paisaje, reproducción de uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de Barcelona, cuya poesía contrasta con la prosa, por decirlo así, del grupo de personajes, y comprenderemos sin esfuerzo alguno el aplauso unánime con que ha sido celebrada esa pintura.

Floralia, escultura decorativa de Lamberto Escaler. - Varias son las composiciones de ese artista que en esta revista hemos publicado. *Floralia*, como todas sus compañeras, tiene ese aire de distinción y de elegancia que con la pulcritud de ejecución constituyen la característica de Lamberto Escaler.

Primavera, escultura de Juan Dammann. - Es la primavera de la vida la que en esta escultura nos ofrece el celebrado pintor alemán, y realmente en ella vemos toda la juventud, toda la belleza, toda la frescura, todo el ardor de esa edad feliz en que los años se cuentan todavía por mayos. Como obra plástica, la estatua que nos ocupa es elegante, correcta, bella en sus líneas y armónica en sus proporciones, revelando la mano de un consumado maestro.

Perdonada, cuadro de Leo Hankey. - En el número 1.266 publicamos dos cuadros de este notable pintor inglés, señalando como principal cualidad del artista el sentimiento, y el que hoy reproducimos es una confirmación de la opinión que entonces emitimos. En el beso con que esa madre exterioriza el perdón que en el fondo de su alma ha concedido desde el primer momento á la traviesa chiquilla hay tanta ternura, que al

mirar el bellissimo grupo nos sentimos hondamente emocionados, y cuando un artista logra de tal manera conmovernos, no hay necesidad de encomiar con palabras su obra.

LA REPERCUSIÓN DEL TERREMOTO

DE SAN FRANCISCO

La experiencia ha demostrado que cuando se produce un terremoto en un punto del globo, se observa en varias regiones y á menudo muy distantes unas de otras, una repercusión atenuada de la conmoción terrestre. Así el terremoto de San Francisco ha provocado sacudimientos seísmicos en Europa. Uno de los más importantes experimentóse en Leibach (Austria), en donde, bajo la dirección del profesor A. Belar, funciona el observatorio imperial austriaco especialmente destinado á la observación de los movimientos seísmicos.

El diagrama que reproducimos indica una serie de oscilaciones que comenzó á las dos horas, 25 minutos y 33 segundos de la tarde del 18 de abril, y alcanzó su máximo á las dos horas, 59 minutos y 52 segundos. Ahora bien: esa hora de las dos y 25 en Leibach corresponde casi á las cinco y 25 minutos de la mañana en San Francisco, en donde media hora antes se produjo el cataclismo.

Hacia la misma hora registróse una sacudida en el observatorio de París, y en Barcelona registró también una el Observatorio Fabra.

MISCELÁNEA

Espectáculos. - PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *La vieillesse de Don Juan*, comedia en tres actos y en verso de Mounet Sully y Pedro Barbier; en la Opera Cómica *Le roi avengle*, leyenda escandinava en dos cuadros, letra de Hugo Le Roux y música de Enrique Ferrier; en el teatro des Arts *La patte d'oie*, comedia en tres actos de Renato Peter y Roberto Danceny; en el teatro Antoine *La pitié*, comedia en tres actos de Mauricio Leblanc; en el teatro Moliere *Nos salarés*, comedia en cinco actos y seis cuadros de la señora Tola Dorian; y en el Palais Royal *Englis School*, comedia en un acto de Adriano Vely; *La chaste Suzanne*, comedia en dos actos de P. L. Flers; *Les grenouilles*, comedia en un acto de Max Maurey; *Gonzague*, comedia en un acto de Pedro Veber, y en el Ambigu *Roule-ta-Bosse*, drama en seis actos y un prólogo de Julio Mary y Emilio Rochard.

BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El metge per força*, comedia en tres actos de Moliere, traducida al catalán por D. Manuel de Montoliu; *La casa Tieldé*, comedia en cinco actos de Bjorson, traducida al catalán por D. Rafael Folch; y *Donzella qui va á la guerra*, visión musical en cuatro cuadros, letra de D. Manuel de Montoliu y

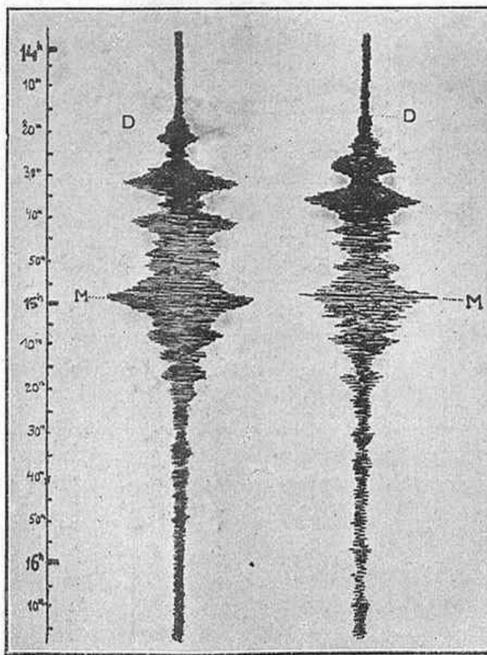
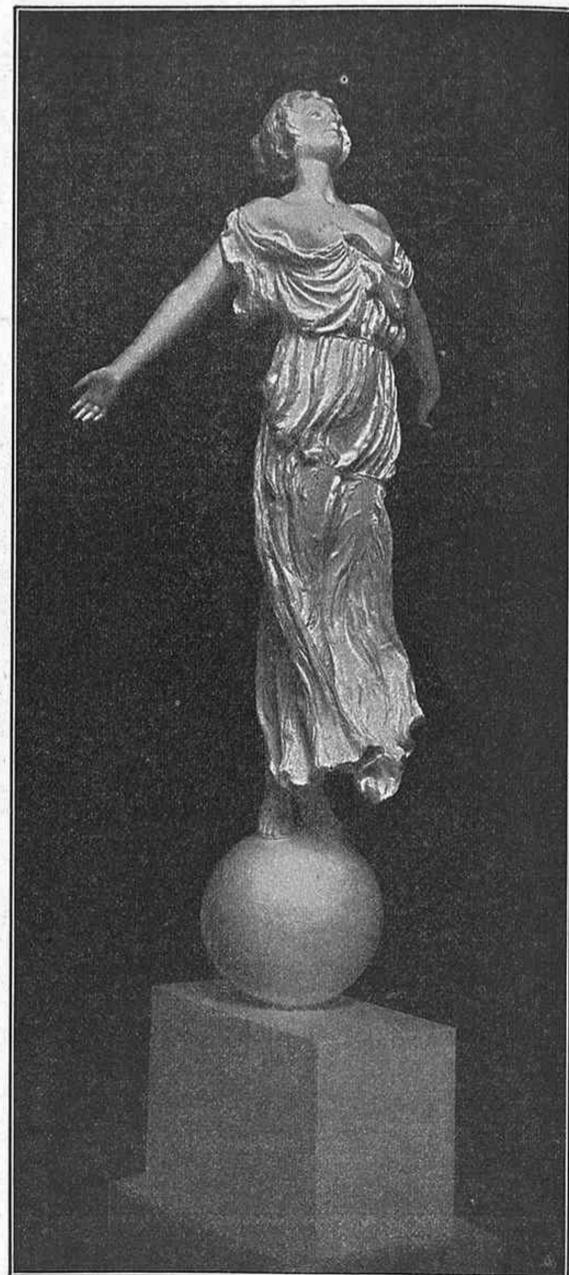


Diagrama del terremoto de San Francisco registrado en el observatorio de Leibach (Austria) por el péndulo registrador. Comienzo D, á las 14 horas, 25 minutos, 33 segundos. Máximo M, á las 14 horas, 59 minutos, 52 segundos. - Curva de la izquierda: período 7 segundos, péndulo NE.-SO. - Curva de la derecha: período 4 segundos, péndulo E.-O.

música de los maestros Juan Lambert y Sancho Marraco; y en Romea *Medicina salvadora*, comedia en un acto de D. Ramón Ramón.

Associació Wagneriana. - Esta asociación ha dado dos interesantes sesiones musicales: en la primera, cantóse el último acto de la ópera de Wágner *La posta dels Deus* (*Die Gotterdammerung*), que ejecutaron con mucho acierto las Srtas. Marresch, Homs, Dachs y Serra, y los Sres. Boadella, Colomer y Vilalta, acompañados al piano por el Sr. Doménech Español; la segunda fué dedicada al estudio de la ópera *Rienzi*, también de Wágner, y consistió en una notable conferencia de D. Joaquín Pena sobre el carácter de esa obra y en la ejecución de algunos fragmentos de la misma, que cantaron, acompañados al piano por el Sr. Doménech Español, la Srta. Serra y el Sr. Bosch.

Necrología. - Han fallecido: Eugenio Carriere, pintor francés. Alberto Flamm, pintor paisista alemán. Federico Gonne, pintor de historia, de género y de retrato alemán, ex profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde.

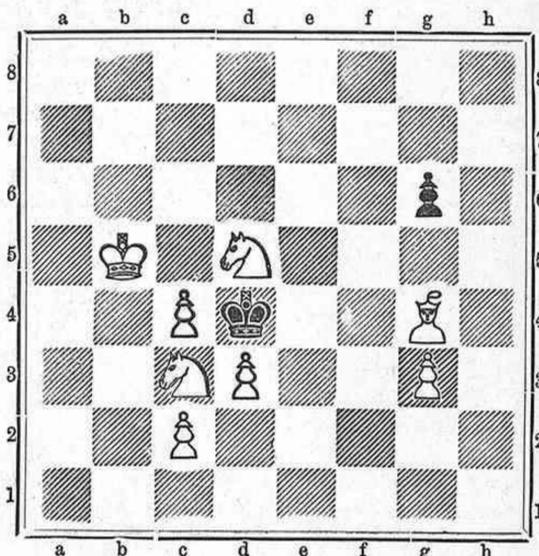


Primavera, escultura de Juan Dammann

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 426, POR V. MARÍN.

NEGRAS (2 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 425, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ch6-f7 | 1. Ta4-d4 |
| 2. Db3-f3 jaque | 2. Re4xf3 |
| 3. Cf7xg5 mate. | |

VARIANTES

- | | |
|----------------|-----------------------|
| 1..... Re4-d4; | 2. Db3-d1 jaque, etc. |
| c5-c4; | 2. Db3-e3 jaque, etc. |
| Re4-f5; | 2. Cf7-d6 jaque, etc. |
| Ta4xa3; | 2. Cf7-d6 jaque, etc. |
| Otra jug.ª; | 2. Cf7-d6 jaque, etc. |

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, 6ª des Italiens.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Para ella, el hecho no debía estar irremisiblemente realizado hasta que el guarda de monte lo hubiera sancionado con su falta de perspicacia.

Los minutos corrían con lentitud; el perro roncaba delante del fuego; la nieve seguía cayendo en rayas regulares y apretados copos.

Berta tenía los ojos fijos en la llama, y abrazando de una vez su vida entera, buscaba todavía excusa en sus sufrimientos pasados. No reconocía que tales sufrimientos no habían sido nunca más que vanidad herida, loco orgullo, dureza de corazón, y a pesar de todo, ingratitud; una vez más los consideró como serios, reales é inmerecidos, y dedujo que por tales caminos era indispensable llegar á tales abismos.

Los niños seguían durmiendo en sus cunas cambiadas.

Por fin entró Regino mojado hasta los huesos y golpeando el suelo con el pie para sacudirse la nieve. El guarda dejó la escopeta en un rincón y dió un beso á Berta, que le dejó hacer más dócilmente que de costumbre. Después, inclinado sobre las cunas de aquellos dos niños á quienes quería casi lo mismo, exclamó delante de Jacobo, sin una sospecha:

—Buenos días, muchacho, buenos días, compañero...

Y añadió delante de José, llevándose la mano al quepis:

—Salud, señor vizconde. Berta se echó á reír y sirvió la sopa... Ya estaba resuelta y tranquila.

Se habían cambiado dos destinos.

Después pasaron los años y agravaron y sancionaron el fraude, haciéndolo irreparable. La madre, muda, dejaba marchar los sucesos; no tenía más que cruzarse de brazos; había dado un impulso, y el movimiento y sus consecuencias se propagaban á lo lejos.

Los dos niños crecieron cada uno por su parte, llevando en ellos desde el origen toda la injusticia humana; el uno para su bien, acaso; el otro para su mal, probablemente.

Los dos crecieron, cándidos é inocentes, todavía tan cerca de la tierra, tan jóvenes de alma, tan poco alejados de la bestia, que todavía, á veces, se ponían á andar á cuatro patas.

Después se levantaron, se tuvieron derechos, miraron al cielo, balbucieron palabras, comprendieron gestos, tuvieron sensaciones y fueron aprendices de hombres.

Los caracteres se dibujaron al mismo tiempo que los temperamentos.

El que se había vuelto José parecía más bien pacífico y benévolo para la gente. El nuevo Jacobo parecía dispuesto á furiosas rebeldías. Los primeros mimos, sin duda, le habían ya pervertido. Era el más comprensivo, pero no el mejor.

Un día, entre otros muchos, Jacobo se reía á carcajadas.

Tenía seis años en aquella época y era el muchachuelo más alegre del mundo. ¿Cómo no serlo? Tenía

dos castillos á sus órdenes, dos familias á sus pies, el país era suyo y su salud era perfecta. Tenía que encontrar la vida buena.

Por el instante, pues, en pie en el terrado de Val-

aquella visión que siempre la encantaba. José Garnache estaba á su lado indeciso; nadie le hacía caso.

Estaba vestido, sin duda adrede, con un traje viejo achicado de su padre. Era preciso que no tuviese un

aspecto superior á su condición, y sobre todo, que no se notase la finura de sus facciones, que valían tanto como las del heredero de los Reteuil y de los Valroy. Todas las precauciones estaban tomadas. Negro de sol, enrojecido por el viento, con el cabello mal cortado por un barbero del pueblo, con el cuerpo perdido en una blusa y unos calzones demasiado grandes, los pies en unos zuecos y el moco en la nariz, no inspiraba seguramente ninguna idea de elegancia ni parecía otra cosa que un pilluelo de la carretera. Si hubiera pedido cinco céntimos, se los hubieran dado.

Berta, por el contrario, después de seis años de matrimonio, continuaba en su persona los cuidados de doncellita de cámara. Si su traje era de tela ordinaria, le sentaba bien; una pañoleta de seda realzaba su cabeza enérgica y bella; su falda, muy corta, descubría unas medias negras en un tobillo nervioso y unos pies delicados calzados de finos zapatos.

Al primer golpe de vista producía la impresión de un cuerpo lavado, sano y tentador. Sus manos seguían blancas, lo que se explicaba, pues no hacía ningún trabajo rudo. A la muerte de su madre, había recogido en el pabellón á una de sus hermanas que tenía cinco años menos que ella, alta y fuerte y verdaderamente fea. Berta hizo de ella su criada y todo el mundo lo encontró muy bien en el país.

Se llamaba Sofía y tenía todas las cualidades; trabajaba sin descanso; era limpia; oía, acaso, pero no repetía lo que había oído, y además era brutal para los mendigos y guardaba la casa como un dogo. En fin, comía poco,

bebía agua y no se cuidaba de los hombres. Su fealdad, por otra parte, la preservaba de ello. Sí, Sofía era perfecta y no tenía más que una debilidad á los ojos de Berta, la de adorar á José, su sobrino. Ahora bien: Berta no quería á José, que era para ella una especie de remordimiento viviente, siempre delante de los ojos; si hubiera muerto de enfermedad, hubiera sido para ella un descanso.

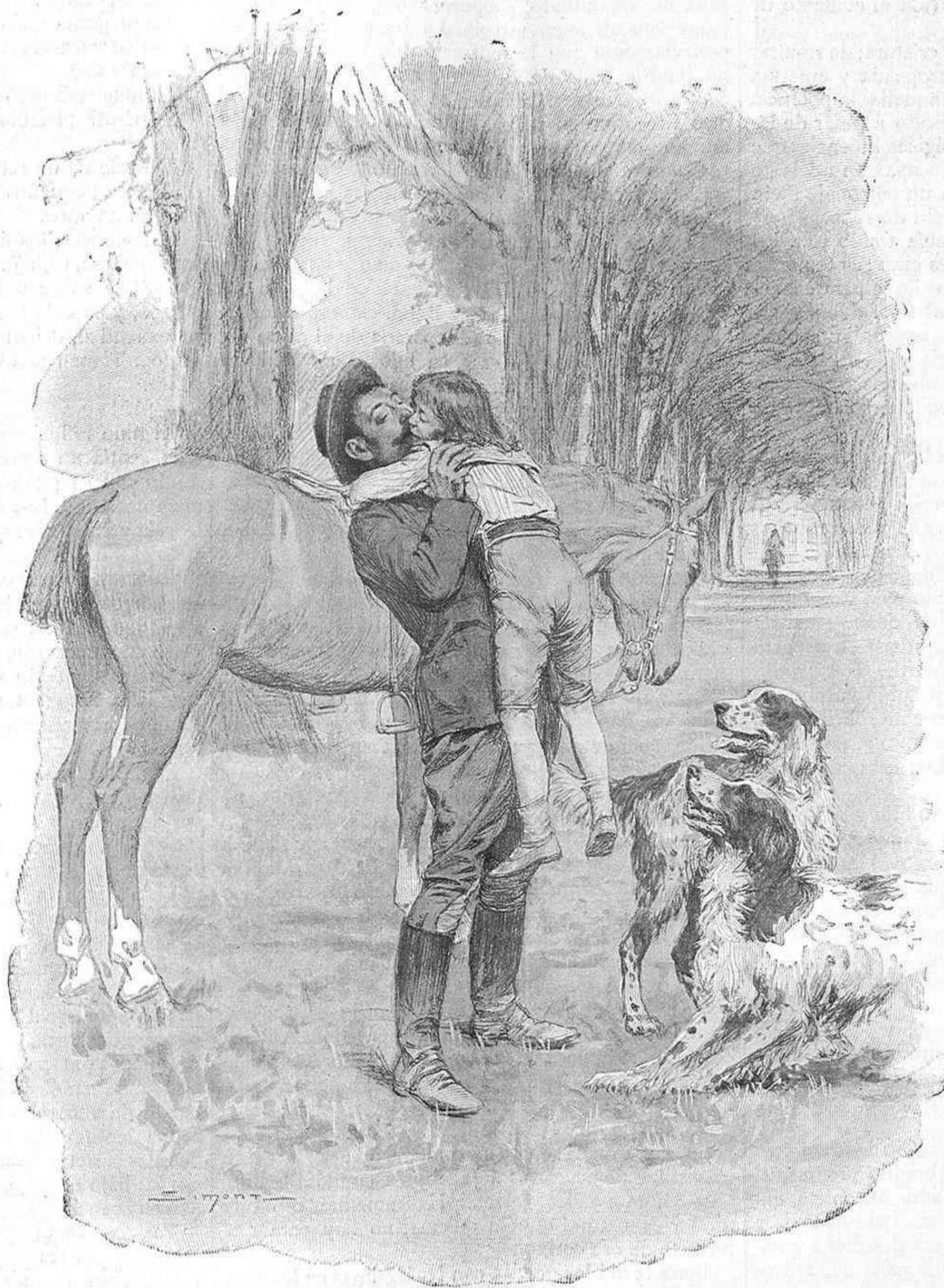
El niño, por intuición, prefería su tía á su madre, aunque ésta, por prudencia, disimulaba cuidadosamente sus sentimientos. Pero á cada instante un gesto brusco ó una entonación ruda le hacían traición. Aquellas miradas que dirigía en aquel momento á Jacobo, húmedas de ternura, las ignoraba José. Pero Berta perdía el tiempo. La mujer volvió á decir tímidamente y dulcemente:

—Entonces, ¿no bajas?

—No, respondió el joven vizconde, sacudiendo sobre su frente voluntariosa las largas guedejas rubias, que se repartieron como una lluvia de oro.

Berta se quedó deslumbrada, pero con el corazón en un puño.

Siguió entonces su camino con la cabeza baja y á



Y su padre, que se había apeado, le recibió en sus brazos

roy, en un delirio de alegría, se reía de buena gana porque abajo, en el camino, el viento acababa de llevarse el sombrero de un pobre viejo, y éste, impotente y enfermo, corría penosamente detrás y se esforzaba en vano por alcanzarle.

El sombrero iba más de prisa que el hombre y aquello divertía enormemente á Jacobo.

En el recodo del camino, otro niño, mal vestido, recogió el sombrero y se lo entregó al viejo. Jacobo se irritó como si le robasen su juego. Detrás del segundo niño venía con paso rápido una mujer tiesa y esbelta. Eran José y Berta, que vió de lejos al señor vizconde y apretó el paso. Al llegar á la terraza le tendió involuntariamente los brazos.

—Buenos días, Jacobo.

Este, incomodado, respondió:

—Buenos días.

—¿No bajas?

—No, estoy bien aquí.

Al lado del joven amo y muy dispuestos á defenderle, había dos perrazos que ladraban al intruso. Berta no insistió, pero se le comía con sus grandes ojos levantados hacia él, y se llenaba las pupilas de

grandes pasos; el pobre José tuvo que correr para seguirla, pero ella no se ocupaba del niño.

El joven vizconde, desembarazado de importunos, volvió a su puesto de observación, esperando que el viento, para darle gusto á él, se llevara el sombrero de algún otro viejo aldeano.

Si la mujer de Regino Garnache seguía siendo coqueta y deseosa de agradar á los seis años de matrimonio, tenía sus razones, que ella y Juan de Valroy conocían.

En otro tiempo, cuando volvieron de su viaje al Mediodía de Francia, el conde y la condesa estaban melancólicos. Si Juan manifestó una alegría sincera al ver á su hijo, Antonieta permaneció más bien enigmática y miró á su hijo con una especie de repulsión, desconfiada de todo su ser, asombrada, á pesar de todo, de no sentirse más conmovida al contacto de aquella carne que era la suya.

Era Antonieta una desgraciada criatura; de resultas del parto, se había quedado estropeada y enferma para toda la vida, y consideraba aquella impotencia como un castigo por haberse casado á pesar de las manchas de su familia y de las trágicas herencias que llevaba con ella. Antonieta era incapaz en adelante de ser esposa y madre, y resultaba un personaje fuera de la vida, sin papel, sin deber y sin derecho.

He aquí lo que su hijo le había traído ya... En cuanto al porvenir, sabido es cuáles eran sus temores, quiméricos sin duda, pero artículos de fe para ella.

Aquel matrimonio, dislocado al año, debía ser y era lamentable. Con un hermoso nombre, una gran fortuna y un exterior de elegancia y de distinción, aquellos esposos envidiaban á los aldeanos que pasaban del brazo con las aldeanas, en buen camino de continuar la raza.

Al lado de aquella eterna mujer herida, más herida que cualquiera otra, el conde Juan, á pesar de su buen humor y de su bondad natural, se ensombrecía y se agriaba. Era joven y robusto y se veía reducido á vivir, so pena de ser odiosamente acusado de indiferencia, en cuartos cerrados, caldeados en todas las épocas, en medio de olores de opio y de vapores de éter, al lado de una mujer extenuada, siempre echada y doliente, exagerando para desagradarle su aspecto de moribunda y sus actitudes de mártir.

En los primeros tiempos, recordando su antiguo amor, fué un enfermero suficientemente solícito; pero después vino el cansancio, el desaliento y, por fin, la exasperación. Su vida estaba perdida estúpidamente, sin que nadie tuviese la culpa.

Vuelto á Valroy, se refugió en su hijo y quiso que fuera su consuelo; pero, para un hombre de veintiocho años, no era aquello suficiente. Durante dos años vivió rabiosamente, todo el día fuera, corriendo los bosques á caballo ó á pie, cazando en los estanques ó en el río, gastando sus fuerzas en todas las gimnasias y quebrantándose de cansancio para dormir rendido en su cama. De vez en cuando iba á la ciudad y, algunas veces, á París.

A todo esto los dos niños, Jacobo y José, habían crecido, estaban destetados, y mostraban tres dientes cuando bostezaban. El primero había vuelto á su castillo, y el segundo hacía la dicha de Garnache «en su humilde albergue.»

En aquella época Berta iba al castillo á todas horas para que su crío se fuese acostumbrando progresivamente y sintiese menos la separación. Antonieta, entonces, acogía á Berta con lánguida benevolencia y sin manifestar disgusto, pues si tenía derecho á envidiarla por su salud robusta, no tenía nada que reprocharle y encontraba en ella una compañera de los tiempos en que eran muchachas é ignoraban los verdaderos y los falsos dolores.

Y el diablo, que siempre vela, hizo lo demás...

A todo esto, y antes de tener sobradas razones de quejarse, Regino no estaba contento de su suerte. También él paseaba por debajo de los árboles tristezas confusas. Si alguien le hubiera interrogado directamente, sin duda él hubiera vacilado para responder y no hubiera sabido qué decir; pero, sin embargo, no, no estaba contento.

Su mujer nunca había sido ni era su igual. Era una princesa y no una mujer de su casa; lo que había deslumbrado á Regino al principio de su aventura, le dejaba ya la vista clara. Comprendía que había hecho mal de aspirar á semejante gran dama, y que el hombre prudente se esfuerza ante todo por permanecer en su condición.

En verdad, Berta representaba con él un papel de estatua. Regino no se atrevía á enfadarse por respeto á ella.

Pero se quejaba á los árboles, á las rocas, á las malezas y á toda la naturaleza. Delante de ella, su reina, su diosa, se hacía el amable y lo aprobaba todo. Había momentos, sin embargo, en que pensaba que me-

yor hubiera hecho en casarse con alguna palurda de gruesas manos, como Sofía, por ejemplo, que, muy dichosa por el honor, no le hubiera regateado sus ternuras.

El cuarto otoño que siguió al doble matrimonio, el mal indefinido, la neurosis, la neurastenia de Antonieta empeoraron. Y, por segunda vez, ante los fríos precoces, los médicos, que no sabían qué decir, ordenaron un viaje á climas más dulces.

Esta vez la de Valroy no se conformó con esta opinión; creía su muerte próxima, y se negaba á alejarse de su país, donde quería morir. Alegaba también que Jacobo era muy pequeño para tan largo viaje y que no se podía abandonar en manos de los domésticos, por adictos que fuesen. Estaban vacilando, cuando una mañana, la señora de Reteuil, que tenía gana de ver mundo, propuso acompañar á su hija. Aquel era un buen arreglo. La buena señora sabía perfectamente que la separación de los dos esposos no tendría nada de desgarradora: Esperaba, por el contrario, que con la ausencia llegarían el uno y el otro á recobrar su afecto. Antonieta se hizo de rogar mucho tiempo; pero, por fin, se marchó con su madre.

Como estaba convenido, Berta fué todos los días á vigilar á Jacobo, que en aquel tiempo la prefería aún á todo el mundo y chillaba cuando se iba.

Durante los largos días de invierno, fueron frecuentes las conferencias entre el amo y aquella singular criada. Después, una mañana se le ocurrió á Jacobo toser y tener fiebre, y Berta, extremadamente alarmada, declaró que no se separaría de él ni de día ni de noche. Dejó su casa, su hijo y su marido al cuidado de Sofía, á quien acababa de recoger, y se instaló en el castillo.

El niño se curó en pocas horas, pero Berta se quedó...

Hubo, es cierto, algunas murmuraciones de criados, pero nadie pudo afirmar nada positivo.

A los quince días Berta se fué de nuevo al pabellón del guarda.

Cuando volvió Antonieta, con la salud milagrosamente mejorada, supo por bocas indiferentes la larga estancia de su antigua criada en el castillo, y le puso mala cara en su primera visita y todavía peor en la segunda.

Berta no volvió en unos días, pero pronto se tranquilizó, y, con su natural audacia, interrogó á su ama diciéndole que parecía que olvidaba su infancia, que en otro tiempo era buena con ella y que no creía haber hecho nada para desmerecer á sus ojos. ¿Por qué ese cambio de cara y de actitud?

La respuesta de Antonieta fué tan seca, que Berta se lo tuvo por dicho y se marchó desolada, con la idea de que, estando el castillo cerrado para ella, no vería ya á Jacobo más que en encuentros casuales.

Al cabo de un año tuvo otro motivo de tristeza: Juan ya no se ocupaba de ella y la miraba con profundo desprecio.

Cuando Antonieta vió que su marido estaba casi siempre ausente y pasaba largas temporadas en París, comprendió que las relaciones entre él y Berta habían concluido, y entonces dejó volver poco á poco á aquella desterrada que sufría también.

Un día en que Berta le llevaba tímidamente unas flores, en la mañana de su santo, movida por el deseo irresistible de acercarse á Jacobo, la condesa le dijo:

—Ahora puedes volver... Has amamantado este niño y es natural que le quieras; no hay para qué privarte de ese cariño.

Berta le dió las gracias con las lágrimas en los ojos. Cuando se le hablaba de Jacobo toda su carne temblaba. Volvió, pues, pero cada cuatro días y sin tener en aquella casa, que había sido la suya, la libertad de otras épocas.

Por eso, al ver á Jacobo en el terrado, no se atrevió á subir la escalera del castillo, donde siempre temía ser importuna.

Otro sentimiento la apartaba también de aquellos lugares; había notado, como todo el mundo, el extraño despego de Antonieta para con su hijo, y al principio se indignó, pero después tuvo miedo. Su inteligencia, grosera á pesar de todo, se alarmaba fácilmente.

Ella, que no sabía nada ni hubiera comprendido jota de las cuestiones hereditarias, creyó en un instante, en una especie de revelación, en una advertencia del cielo. Tuvo fe en la voz de la sangre, como toda campesina, y se figuró que la condesa presentía un extraño en aquel niño... ¡Y entonces!..

Pero ella misma se respondió en seguida: «Y entonces, ¿qué? ¿Cómo probar nada?.. Lo hecho, hecho está... Nadie sabrá jamás nada; me llevaré este secreto á la tumba.»

Pero era aquel un cuidado más. Al volver á su casa, encontró á Regino, que había tomado por aquel lado su ronda forestal. En pie, estaba comiendo un pedazo de pan y bebiendo un vaso

de vino que le daba Sofía. José se abrazó á las piernas de su padre, con el que se encontraba á sus anchas, sabiendo que no sería rechazado.

El guarda, entonces, pasando la ruda mano por la cabeza del chiquillo, le dijo que le llevaría con él hasta la hora de cenar, dos horas, para dar la vuelta á los estanques.

El muchacho saltó de alegría. —Andad, dijo Berta con voz dura, y sobre todo no volváis tarde.

Los dos se alejaron, el uno muy grande, el otro muy pequeñito; el uno bajando la cabeza y el otro levantando las narices para hablar y riéndose como verdaderos amigos. El niño empezó á hacer preguntas á su padre.

—¿Cuántas veces es más grande un árbol que un hombre?, le dijo.

La pregunta embarazó al guarda.

—Eso depende de los árboles.

—¿Y esos?

El muchacho señalaba unos álamos gigantescos.

—¿Esos? ¡Diablo!.. Diez veces, quince y acaso más...

Delante de un retoño. Regino añadió:

—Esos pequeños serán ya grandes cuando tú tengas treinta años.

—Entonces, los árboles crecen más de prisa que los hombres, dijo José con reflexión.

—Sí, y sobre todo, mucho más tiempo; años y años..., y cuando han acabado de crecer, engruesan, se extienden, echan ramas en el aire y raíces en el suelo... Tienen una vida suya, llena de fuerza y magnífica.

—¡Ah!

El niño reflexionaba, y Regino, simple y sin malicia, sentía un secreto orgullo. Aquel niño, tímido y mudo con su madre, descubría con él sin miedo su alma naciente. Los dos estaban de acuerdo; Regino lo veía y sabía bien que aquel muchacho le prefería á todo el mundo.

José, sin embargo, tenía otros cariños: Sofía, que le mimaba escandalosamente, y los dos perros de la casa, que jugaban con él... Pero su padre era el primero en su corazón, porque era alto y fuerte, no tenía ciertamente miedo de nada... y además tenía una escopeta. Esto era un título á su cariño... ¡Cuántas ternuras humanas no están fundadas en causas más serias!

El niño corría al lado del guarda, de largas y rápidas piernas, y perdía el aliento; el padre lo echó de ver de pronto y se maldijo á sí mismo.

—Soy un idiota y no pienso... Cuando vaya demasiado de prisa, tírame de la chaqueta.

Pero á José le humilló el confesar su debilidad y no respondió.

Era la hora en que se acortan las sombras. Aquel campo del corazón de la antigua Galia se exhibía opulento y hermoso hasta la insolencia. Bajo el sol poniente de aquel fin de abril, entre reflejos de oro y púrpura, la tierra, fértil y todavía desnuda, humeaba ligeramente al aproximarse la noche. Los bosques, que limitaban el horizonte en vasto anfiteatro, se llenaban de venerable misterio. Por los caminos avanzaban lentamente hacia las poblaciones próximas pesadas carretas tiradas por grandes bueyes blancos, unidos bajo el yugo, y los últimos pájaros apresuraban sus canciones.

Pasaron por una aldea, y en las puertas de las casas escaladas por las parras, las mujeres sonreían al niño y saludaban al guarda. Por allí eran conocidos... y bien.

Ciertamente, el oficio era duro, pero tenía sus buenos momentos. Y Regino se esforzaba por explicárselo á José.

—Por mucho que digan, es esta una buena vida... Estar siempre fuera respirando el aire libre, que huele bien, viendo á lo lejos montones de cosas, mirando crecer el trigo y las avenas; y, después, los grandes paseos por los bosques, hablando consigo mismo, también son buenos. Más vale eso que estar con el trasero pegado á un almohadón de cuero, como los empleados de la alcaldía... Al menos es uno un hombre, que circula y se siente vivir... Un trago sabe mejor después de andar cinco leguas... Que hay riesgos... ¡Bah! No son grandes, sobre todo por aquí... Hay más ventajas que inconvenientes.

El pequeño aprobaba y no concebía más género de vida que el de su padre... Tenía impaciencia por crecer para tener él también el quepis en la cabeza, un saco en bandolera, una escopeta al hombro y polainas en las piernas, sin contar la placa de cobre en el pecho, insignia respetada y que da consideración. Sí, sí, quería ser guarda.

Pero aquel sueño le parecía demasiado alto é inaccesible, y así lo confesaba:

—¿Verdad? ¿Podré ser como tú cuando sea grande?

—Seguramente... Todos los Garnaches somos lo mismo; mi padre, mi abuelo... Hombres rudos; y tú, pequeño, harás lo que nosotros.

José abría unos ojos enormes y encantados ante estas perspectivas... Él también tendría una escopeta y unas polainas... Pero movió la cabeza... No, era aquello demasiado hermoso y no podía creerlo... Y así lo confesó:

—¿Por qué?, dijo el padre; eso es lo natural y lo que te espera ciertamente.

El chico dudó de nuevo.

—No es seguro...

—¿Por qué no es seguro? Cuando yo te lo digo...

—No sabe uno si se va a morir.

Era aquella una frase habitual de Sofía, que el niño decía a tontas y a locas, pero hizo un efecto terrible.

—¡Cállate!, gritó Garnache. ¿Dónde diablos vas a buscar esas ideas? Eso no es de tu edad y te prohíbo decirlo... ¡Me das pena, desgraciado!

Regino le cogió en sus terribles brazos, que temblaban en aquel instante, y le contempló con espanto. Los pequeños que hablan como los viejos, en efecto, no están hechos para vivir. Después le estrechó contra él ferozmente, como si quisiera decir: «Venid a cogérmelo,» y le volvió a poner en el suelo con precaución.

El niño sonreía; aquellos efluvios de ternura le habían penetrado y quería más que nunca a su padre... Su padre... ¡Ay!

En los mismos momentos, una escena similar, a pesar de las diferencias sociales, ocurría un poco más lejos, en el camino, al lado del castillo. Jacobo no había dejado el terrado, que era su dominio particular; allí, libre de toda vigilancia, pues el sitio era seguro, jugaba sin temor de la mañana a la noche; allí tenía su jardín reservado, que él embellecía con monumentos de piedras, pues tenía ya gustos de artista, ó defendía con reductos de arena, pues también sentía inclinaciones militares.

Además, aquel día estaba esperando a alguien, y ya se sabe que el terrado daba al camino. ¿A quién? Al conde Juan; también Jacobo quería y admiraba a su padre y no veía a nadie en el mundo que fuera superior a él en ningún punto. El niño le imitaba en todo y arreglaba su aspecto y sus gestos a los suyos.

A él solo se dignaba obedecerle, pero con una gracia condescendiente y no por temor. Le parecía que eran iguales; pero como, a pesar de todo, había uno mayor que el otro, era natural que éste fuese escuchado. Más adelante, ya hablarían.

Juan estaba ausente hacía una semana, en París sin duda, el niño no lo sabía. Pero iba a volver aquel día. Hacía media hora que había salido un criado a caballo y con otro del diestro, pues la estación más próxima distaba seis kilómetros.

Jacobo acechaba el recodo del camino y trataba de oír el trote del caballo en la tierra seca; pero no oía nada y se impacientaba.

Juan de Valroy, cansado de su triste casa, hacía un año que vivía en ella lo menos posible, y puede que, sin Jacobo, la hubiera abandonado. La falta de armonía entre la mujer y el marido había aumentado. Antonieta se encerraba más y más en la soledad y en el silencio, y quien le turbaba no hacía más que desagradarla, aun Juan, Juan sobre todo. Le guardaba rencor por ser tan sólido y tan ágil, cuando ella se arrastraba de butaca en butaca; por estar tan vivo cuando ella se juzgaba muerta. Algunas veces, al oírle reír, a lo lejos y a través de las paredes, con su hijo, al que ella también apartaba, se estremecía de cólera.

Su eterna dolencia, real por un lado é imaginaria por otro, la hacía ser egoísta y hostil a los que no sufrían. Su idea fija era que si no se hubiera casado, estaría ahora sana de cuerpo y sin temor. Juan tenía la culpa de que ella hubiera acabado por consentir y Jacobo de que viviese ahora doblemente aniquilada.

No comprendía que estas faltas no eran voluntarias. Si lo hubiera comprendido, hubiera estado curada, al menos de su crisis moral.

Una nueva idea la preocupaba también. Algunas veces pensaba en el suicidio y se decía que, acaso, la trágica herencia no amenazaba sólo a los varones... Temblaba por ella y deducía que este era un motivo más para que Jacobo fuese atacado a su vez algún día.

Delante de su marido, cuando éste la visitaba una hora por la mañana y otra por la noche, permanecía muda y con los ojos cerrados ó gimiendo y llamando a la muerte.

Juan se retiraba cerrando los puños y tratando todo aquello de comedia y de farsa. Aun cuando aquella queja eterna no hubiera sido simulada, pensaba Juan, esas enfermedades de nervios no persisten más que en las naturalezas complacientes, que no quieren des- embarazarse de ellas con un poco de energía y de voluntad.

Cuando estaba fuera, respiraba a sus anchas.

Después, poco a poco, fué tomando costumbres nuevas, instaló un apeadero en París y vivió como soltero, lejos de las tristezas de su provincia.

Antonietta le detestó entonces más y dijo que no tenía corazón. Además presentía que, a su edad, con su nombre, su fortuna y su buen aspecto, debía de tener aventuras, todo lo cual la exasperaba.

Aquella singular mujer, enamorada de sus preocupaciones, padecía al pensar que los demás pudieran tratar de distraerse. Para darle gusto hubiera sido preciso llorar con ella y como ella, y Juan no tenía tal vocación.

En aquel tiempo pasaba en París cinco días de la semana, volvía el sábado a Valroy y se marchaba el lunes sin alegar pretextos. La costumbre estaba tomada.

Ahora bien: era un sábado cuando Jacobo le esperaba y se impacientaba mirando el camino. De repente se estremeció; a lo lejos y precediendo al jinete unos doscientos metros, llegó hasta él la cadencia sonora del trote largo de un caballo. El niño batió palmas y se asomó a la balaustrada.

Y apareció Juan, saludado por los gritos del muchacho y el ladrido de los perros, y alegre esta vez. Levantó entonces la cabeza y su cara se iluminó.

Jacobo se precipitó por la escalera, y su padre, que se había apeado, le recibió en sus brazos. También ellos se querían como Regino y José.

—¡La voz de la sangre!, hubiera dicho Berta con su peor sonrisa, burlándose de sus íntimos terrores.

Ahora era Jacobo el que iba a caballo, mientras su padre admiraba su confianza y su aplomo infantil.

—Estira las piernas..., el cuerpo hacia atrás..., más aún...

De repente, uno de los perros dió un salto delante del caballo, que hizo una brusca huida. Jacobo, sin asustarse, apretó las rodillas y no se movió. Juan tuvo miedo, pero después se llenó de orgullo.

—¡Bravo, muchacho! ¡Bravo, hijo mío!

Y todo el orgullo de los hombres cantaba en aquellas palabras, el orgullo de la carne y el de la raza, irrisorio en estas circunstancias; el orgullo de la fuerza, de la belleza y del valor, sin razón de ser para el que estaba al corriente. Pero, por el momento, aquellos lazos ficticios eran sólidos; nadie había sido nunca más padre que el conde de Valroy corriendo detrás de su hijo, mientras éste picaba el caballo por el gran paseo circular de castaños que conducía al castillo.

En esta forma llegaron a la pradera, delante del edificio, y el niño se dejó escurrir sobre la hierba; estaba rojo y con la frente un poco sudorosa, pero triunfante.

Valroy inspeccionó la casa de una ojeada, y su mirada se detuvo un segundo en dos ventanas del primer piso. Como de ordinario, estaban cerradas y detrás de los cristales se veían las cortinas corridas.

Y sin embargo, el día había sido tibio, casi cálido. En aquel momento, aunque el sol se inclinaba en el horizonte hasta tocar las cimas, corría por la llanura una suave brisa de verano; por todas partes, hombres, animales y cosas saludaban a la primavera; una vida intensa circulaba al aire libre y todos los seres respiraban una absurda sensación de eternidad, encantadora sin embargo.

En la escalinata se mostró una criada de cara malhumorada, flaca y seca é impregnada por contagio de olores farmacéuticos.

Aquella no haría a nadie faltar a sus deberes. Antonietta no quería más Bertas...

—¿Está visible la señora?

Y la vieja, exagerando su gesto con aquel amo que era un verdugo para su pobre señora, contestó con gana de morderle:

—La señora... Está durmiendo.

—Ven, Jacobo, dijo Valroy sin responder a la vieja.

Y se llevó al niño, que, como José a Regino, le siguió radiante de júbilo.

A Jacobo le interesaban todos los objetos del cuarto del conde, en las paredes había mil cosas: retratos, armas, grabados antiguos y cuadros de caza modernos.

Un cuadro ovalado le llamaba sobre todo la atención; en él se exhibía el abuelo, el grande hombre, Fernando de Valroy, aquel noble hacendista que era amigo de Law y supo abandonarle antes de su caída.

Esto probaba, seguramente, una admirable perspicacia, una maravillosa prudencia, y merecía ser honrado. En el fondo del cuadro se veían dos castillos que el artista, para su comodidad, había situado juntos, Reteuil y Valroy, tal como eran todavía, aunque en un paisaje menos frondoso y más claro.

Jacobo tenía gran simpatía por aquel señor majestuoso que era su antepasado, y le saludaba siempre

con una mirada curiosa. Pero su pensamiento fué pronto distraído por el estante de las escopetas y por las dos trompas de cobre que brillaban a la luz.

Eso sí que daba ganas de ser en seguida hombre para soplar allí, inflando los carrillos. Hacía falta para ello un buen pulmón y su padre se hacía oír de muy lejos. Dentro de muchos años a él también se le oiría.

Horriblemente cruel, como todo hombre que empuja, se complacía en la contemplación de los diversos cuchillos de caza en sus vainas de cuero. Se atrevió a tirar un poco del puño del más grande, descubriendo dos pulgadas de hoja azulada, deleitándose en pensar que había entrado muchas veces en el costado de un jabalí ó de un ciervo moribundos.

Los relatos de caza le apasionaban, así como aquellos grabados iluminados que colgaban en las paredes, donde unos señores de casaca roja con unas señoras de amazona saltaban barreras en caballos aéreos persiguiendo a alguna pobre bestia desolada.

La escena se repetía diez veces bajo aspectos diversos; veíase allí toda la barbarie de nuestro siglo brutal, más cercano de las cavernas que de la torre de marfil, aunque con pretensiones de sensibilidad.

El niño, levantado de puntillas y apoyado en algún mueble, se hubiera estado las horas muertas en éxtasis en aquella pieza.

No se cansaba de contemplar lo que sabía de memoria y hubiera podido ver claramente cerrando los ojos.

Además había a veces cosas nuevas, una pipa recientemente comprada, y que había que examinar para dar su opinión, lo que no dejaba de hacer.

Valroy, mientras tanto, sentado ante una mesita, abría tres ó cuatro cartas llegadas en su ausencia y olvidaba al niño, pero éste se distraía muy bien solo.

Aquellas cartas no parecía que tenían el don de regocijar al conde, que arrugó las dos últimas con un movimiento de cólera y de fastidio, y recostándose en su sillón, se quedó pensativo mirando al techo y con las manos juntas.

Valroy se iba transformando; los treinta años, sin engordarle, le prestaban nueva gravedad. Algunos hilos de plata en las sienes y en la masa del cabello sombríamente rojo, añadían cierta melancolía a su cara fatigada, afinada, desprendida ya de todo carácter rústico.

No sería moral, acaso, pero sí cierto: el aire de París y la vida animada que allí hacía habían limpiado é iluminado su cutis; el corte del cabello y el pliegue del bigote modifican profundamente una fisonomía. El conde, que se había marchado siendo un noble campesino, volvía cada vez un poco más parisiense, y parisiense de cierta clase, de la de la elegancia y de las fiestas.

Era un bello caballero de la gran ciudad, discretamente perfumado y finamente vestido, que había reemplazado la franela ó el algodón de su ropa interior por una seda azul ó rosa del más bonito efecto.

El conde, pues, reflexionaba.

Jacobo, asombrado por su silencio, se acercó a él, le contempló fijamente con unos ojos investigadores y curiosos, en los que había a la vez algo del salvaje y del ser demasiado enterado; y, aproximándose a su padre, varonilmente bello a pesar de sus fechorías, el niño movió la cabeza con convicción y pronunció muy claro:

—Papá, eres muy elegante...

Arrancado a sus pensamientos, Juan se echó a reír, cogió al muchacho y se le puso en las rodillas.

—¿Verdaderamente?

—Sí.

Aquel sí era la afirmación de una sinceridad suprema y venía del fondo del corazón, como un gemido muy dulce. Aquel padre, entonces, se sintió inundado de una inmensa alegría interior, halagado en su orgullo una vez más. Y todo lo que se le ocurrió responder fué:

—Tú te parecerás a mí...

—¿De veras?

—Sin duda. Te pareces ya a lo que yo era cuando tenía tu edad.

Se engañaba de buena fe en su deseo. A la edad de Jacobo era él más fino, más delicadamente lindo y acaso menos sólido. Rebuscando en el vizconde se hubiera encontrado algo de Garnache. Pero ¿a quién se le había de ocurrir buscar? Valroy veía a su hijo con ojos de ciego y, aunque hubiera sido jorobado, él le hubiera proclamado derecho.

Jacobo, que tenía buena opinión de sí mismo, aceptó la profecía y la afirmación. No había jamás dudado de las palabras de su padre y no iba a empezar por éstas. El vizconde añadió:

—Yo también tendré caballos, escopetas y tocaré la trompa...

(Se continuará.)

NAVEGACIÓN AÉREA

LOS GLOBOS DIRIGIBLES DEL CONDE ALMÉRICO DA SCHIO
Y DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX

El hecho de haber sido admitido en el ejército francés, como recurso de guerra, el globo dirigible de los hermanos Lebaudy ha debido convencer aun á los más desconfiados de que el problema de la dirección de los globos está resuelto. A los profesionales no les han sorprendido los éxitos de los dos franceses, porque éstos, de cinco años á esta parte, han ido realizando sucesivos y cada vez mayores progresos, y bajo la dirección técnica de un excelente ingeniero y de un experto aeronauta consiguieron construir un globo que pudo realizar á entera satisfacción las pruebas á que le sometió el ministerio de la Guerra durante el verano de 1905.

Para los demás Estados militares este hecho constituye un estímulo poderoso que ha de impulsarles á lograr la posesión de un tipo de globo dirigible que, desde el punto de vista de la autovelocidad y de la estabilidad, pueda competir con el francés y aun superarle.

En Italia, el conde Almerico da Schio ha conseguido resultados notables con el globo dirigible *L'Italia*. En todos los globos dirigibles que se mueven por su propio esfuerzo, se hace preciso reducir al mínimo posible la resistencia del aire, dando á aquéllos una forma prolongada; esta circunstancia la ha tenido en cuenta el inventor italiano, cuyo aerostato, cilíndrico en su cuerpo principal, se va estrechando en sus extremos hasta formar dos conos más ó menos puntiagudos.

Condición esencial de todo globo dirigible es la conservación de la forma externa, porque de lo contrario, serían incalculables las cambiantes influencias de la resistencia de la atmósfera. Ahora bien: el gas contenido en el globo experimenta un cambio constante; así cuando el aerostato sube por los aires, el gas se distiende á consecuencia de la disminución de la presión atmosférica,

para evitar que la envoltura estalle por efecto de la mayor presión interior, es necesario que el gas pueda tener salida mediante algunas válvulas de seguridad. Pero cuando el globo desciende, y vuelve á disminuir la presión del aire, se produce una disminución de volumen del gas y consecuentemente una depresión de la envoltura hacia el interior. Esto se evita añadiendo sacos de aire que, en caso de necesidad, pueden llenarse con ventiladores; este procedimiento se emplea también para remediar la pérdida de gas que gradualmente experimenta el globo.

Estas variaciones sólo pueden evitarse mediante el empleo de cuerpos metálicos para la envoltura, pues

entonces la pérdida del gas se compensa con la entrada del aire y de esta suerte la forma del globo se mantiene siempre igual. Por esto el conocido aeronauta alemán conde de Zeppelin había montado su globo prolongado sobre una armazón de aluminio; de esta suerte los depósitos de gas estaban constantemente envueltos en aire.

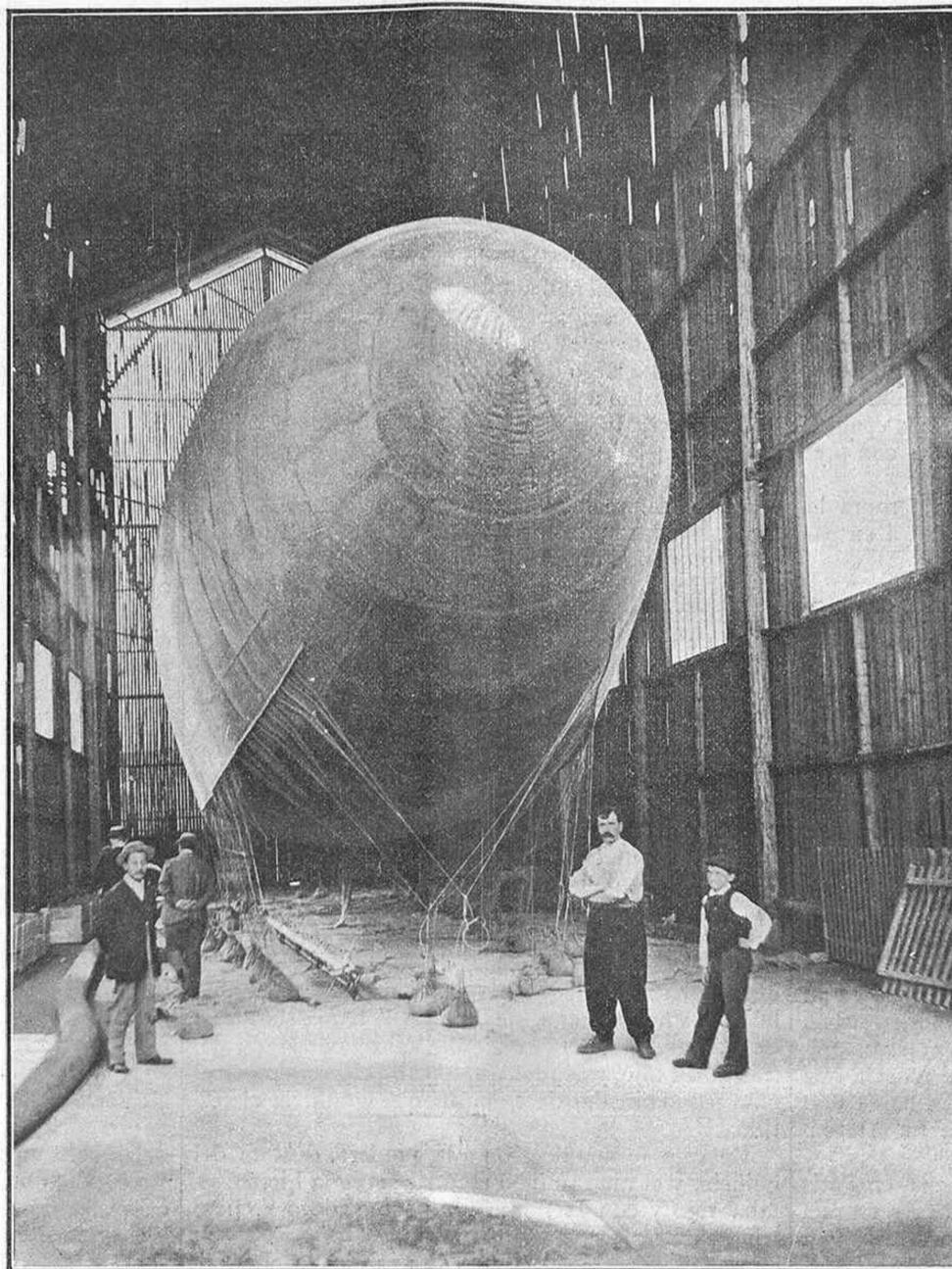
tro mide ocho, lleva una faja longitudinal de paragona, mientras el resto de la envoltura es de seda barnizada, protegida en su parte superior por tela de algodón; cuando aumenta la presión del gas, esa faja se dilata proporcionalmente, y, por el contrario, cuando la presión disminuye, se encoge. En estado normal, la superficie de esa faja es de 40 metros cuadrados y puede ensancharse desde 1'40 metros hasta 3'40.

Para dar salida al gas, en caso de alta presión, el inventor ha dispuesto una serie de válvulas de seguridad que funcionan cuando la faja de goma llega al máximo de su tirantez.

La góndola, cuya forma es también prolongada á fin de disminuir la resistencia del aire, hállase situada á cuatro metros debajo de la envoltura y consiste en una armazón de aluminio de 17'6 metros de longitud por 1'2 de anchura y de sección cuadrada. Con objeto de suavizar el choque del descenso y al mismo tiempo de facilitar el transporte, la góndola va montada sobre cuatro ruedas.

Un motor Buchet de 12 caballos de fuerza pone en movimiento una hélice aérea de 4'5 metros de diámetro situada en la proa de la góndola. Para gobernar el globo en sentido horizontal hay una gran superficie de 5'5 metros cuadrados dispuesta verticalmente; para gobernarla en sentido vertical hay dos grandes superficies horizontales de 10 metros cuadrados.

También en Francia reina gran actividad entre los inventores de globos dirigibles. El conocido aeronauta conde Enrique de la Vaulx se dispone á ensayar un nuevo globo dirigible de su invención. Este nuevo aerostato tiene 35 metros de alto por siete de sección en su parte más ancha; su capacidad es de 700 metros cúbicos y será impulsado por una hélice de dos palas movida por un motor de 16 caballos.—S.



PARÍS. — EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX EN EL COBERTIZO.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

LOS PROCEDIMIENTOS

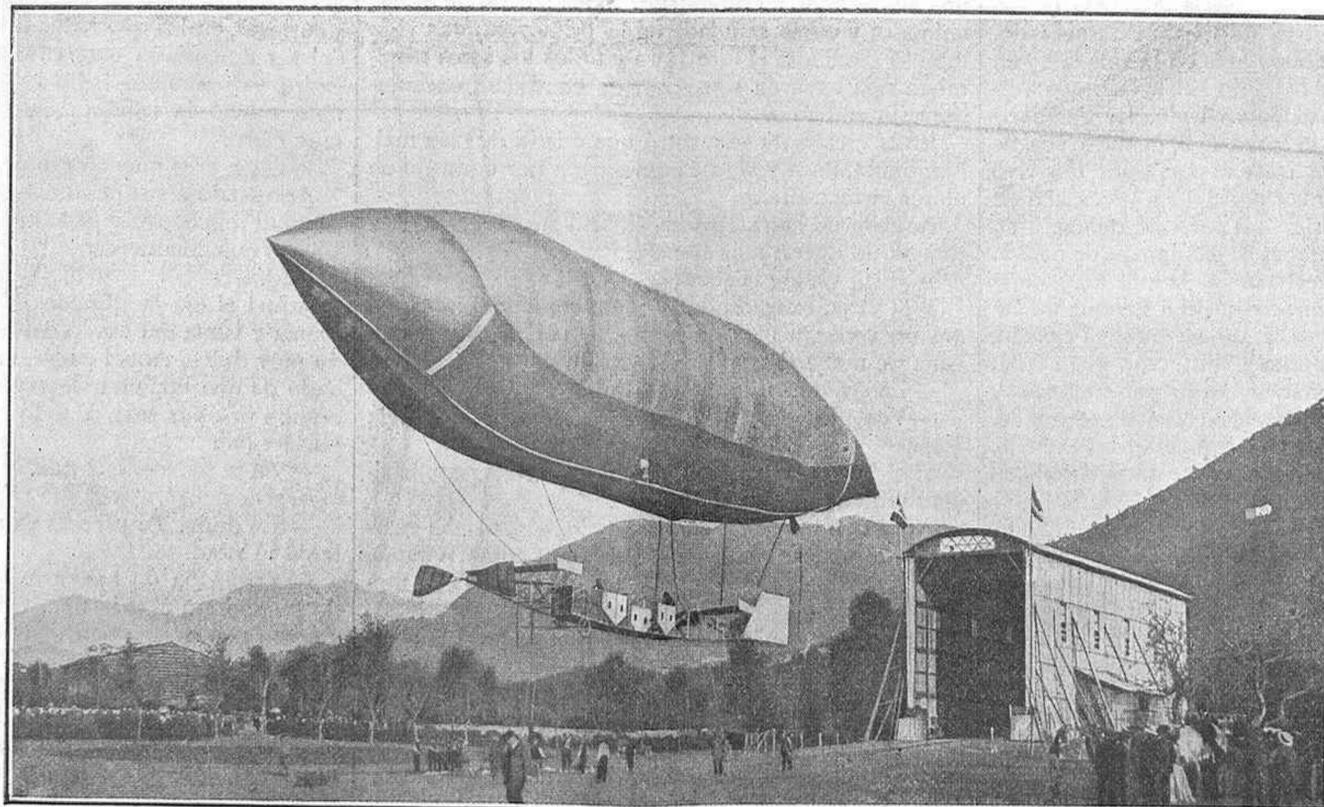
DE RECLAMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

El conde Almerico da Schio pretende haber resuelto el problema de la forma tirante de una manera es-

dos Unidos lo hagan todo mejor que en el Viejo Mundo, pero es evidente que entienden muchas cosas de una manera más práctica y seguramente más original que excita á menudo nuestra sorpresa y podría en algunos casos ser útilmente imitada.

Los procedimientos de publicidad y de reclamo, en particular, atraen toda la atención de los jefes de almacenes, directores de fábricas y de compañías de ferrocarriles ó tranvías, los cuales consideran que aquellos procedimientos constituyen una de las más importantes ramas del comercio y de la industria, y que para dirigir con resultados efectivos la sección de publicidad de una gran empresa hay que

emplear métodos minuciosos, conocer la psicología del público y recurrir á la sugestión, á mil pequeños



EL GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ALMÉRICO DA SCHIO, RECIENTEMENTE ENSAYADO EN ITALIA. (De fotografía.)

pecial: la parte inferior de su globo, cuya longitud de punta á punta es de 39 metros y cuyo mayor diáme-

del público y recurrir á la sugestión, á mil pequeños

halagos para excitar los deseos del público é impulsarlo al consumo. No puede imaginarse el cuidado que ponen las casas americanas en levantar mapas del campo en donde piensan trabajar y de la clientela á la que han de satisfacer ó han satisfecho ya. Para ello utilizan innumerables juegos de fichas que estudian continuamente y que les proporcionan todos los datos posibles sobre los competidores y sobre los resultados que éstos por su parte obtienen.

En los Estados Unidos fué donde se inventaron las distribuciones de papeles secantes con el nombre de una casa de comercio y las cartulinas iluminadas con alguna figura muy característica y propia para llamar la atención. Allí se hace constantemente la publicidad por medio de libritos que contienen, además del reclamo y de los anuncios que se quiere hacer penetrar en el público, historietas y artículos que no se desdeñarían de insertar una revista ó un *magazine* y que hacen que quien recibe el librito no lo tire nunca sin antes haberlo hojeado. Existe allí una verdadera enseñanza para los agentes de publicidad, los *advertising managers*, á quienes se recomienda sin cesar que procuren situarse mentalmente en el lugar de aquellos sobre los cuales quieren influir por medio del reclamo y que perciban el momento psicológico en que el cliente posible se halla en mejores condiciones para dejarse convencer. Además se les enseña, partiendo de observaciones absolutamente exactas, que hay ciertos días de la semana, variables naturalmente según la índole de las ventas de que se trata, en los que ese cliente se hallará en mejor disposición para leer y hasta para guardar una publicación que anuncie tal ó cual aparato, mercancía ó lo que sea; y cada *manager* llega, respetando los grandes principios que le han enseñado, á encontrar lo que denomina un sistema de ataque especialmente adecuado á los negocios de su casa y á la clientela que ha de atraer.

Tomaremos como ejemplo una de las grandes compañías de Nueva York, la Compañía Edison, que se dedica á la venta de corriente eléctrica para todos los usos. Aparte de todos los procedimientos



MAHOMED EL HADJ, BEY DE TÚNEZ, fallecido el día 11 de los corrientes. (De fotografía de Branger.)

Mohamed el Hadj había nacido en 24 de junio de 1855 y sucedido á su padre en junio de 1902. Fué un amigo leal de Francia y un fiel colaborador de la administración francesa en Túnez. Le ha sucedido su primo hermano Mahomed el Nasr.

con membrete en el que consten el nombre de la casa y todas las varias especialidades de su empresa, ha creado una colección de papeles diversos especializados según la índole del negocio y de la clientela. Si un cliente posible le pide informes sobre aplicaciones de la electricidad á la cocina de un hotel ó de un restaurant, le contesta con un papel *ad hoc*, con una viñeta en que dos cocineros indican con su gesto la excelencia de la cocina hecha en un hornillo eléctrico. Si un particular solicita indicaciones del mismo género para su uso particular, otra viñeta humorística le enseñará anticipadamente las ventajas que una ama de casa ó un ayuda de cámara obtienen del empleo de la preciosa corriente.

El *manager* de la Compañía Edison afirma que la simple recepción de una carta escrita en ese papel causa buen efecto en el cliente.

Citaremos otro ejemplo, y uno de los más típicos, tomado de la sección de publicidad de una compañía bastante modesta, la del ferrocarril eléctrico y de la estación central de Birmingham, ciudad fabril del Alabama, cuya población no excede de 35.000 habitantes. Esa compañía, que vende coque, electricidad, gas y vapor, al mismo tiempo que se dedica á los transportes, ha hecho levantar por sus agentes un mapa de la región, casa por casa, con un sistema de fichas, y la superficie total se halla dividida en sectores, cada uno de los cuales está confiado á un agente relacionado con los que ya son clientes y con los que pueden serlo. Y no solamente publica constantemente artículos ilustrados en los periódicos regionales, sino que además distribuye manuales muy bien hechos y tira por su cuenta un pequeño semanario titulado *Illuminator*, que contiene noticias relativas á la compañía, artículos de vulgarización sobre las aplicaciones del gas, de la electricidad, del coque, etc., noticias, sueltas, historietas divertidas, artículos literarios y versos, todo ello entremezclado con los reclamos. Y ese periódico, distribuido con profusión en los coches y vagones de la compañía, aumenta de una manera constante el número de sus clientes.—D.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GANDES et Co B^e St-Denis, 46

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULE de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

PILULE DE BLANCARD

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS REYES

JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ZÔMOL

ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)

PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALESCENCIA, etc.

Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR. Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. — La magnitud excepcional de esta publicación se demuestra con sólo decir que ha de ser la continuación de la famosa Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, que la dirección de la misma está confiada al eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo y que colaboran en ella ingenios tan esclarecidos como Menéndez Pidal, Serrano y Sanz, Bonilla y San Martín, Cotarelo y Mori, Mir (Miguel), Rodríguez Marín, Obrador Bennassar, Catalina García y otros. En esa biblioteca se incluirán obras no sólo de autores castellanos, sino también de poetas y prosistas catalanes de los siglos medios, como Don Jaime I, Desclot, Muntaner, Ramón Lull, Eximenis, Ausias March, Roig y Corella, así como traducciones de las obras latinas más notables escritas por los españoles de la Edad media y del siglo XVI. Una parte principal de la biblioteca se reservará á las mejores producciones de autores del siglo XIX fallecidos.

El primer volumen publicado es el tomo primero de un estudio, por todos conceptos admirable, sobre los orígenes de la novela, escrito por el Sr. Menéndez y Pelayo.

La Biblioteca se publica en tomos de 4.º mayor, á dos columnas, impresos en papel Vergé, con cubierta imitación de pergamino, siendo el precio de cada uno 12 pesetas.

Sentimos que la índole de nuestro periódico no nos permita dedicar mayor espacio á esta publicación, que editan en Madrid los señores Bailly Baillière é hijos, merecedores de los más entusiastas elogios y del más brillante éxito en esa empresa que no vacilamos en calificar de altamente patriótica.

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. — Es esta una publicación de excepcional importancia, no sólo por el objeto de la misma, que claramente indica el título, sino además por las condiciones materiales en que



Perdonada, cuadro de W. Lee Hankey

la dan á luz sus editores. Repátese la obra en cuadernos de gran tamaño, perfectamente impresos en magnífico papel; el texto está redactado en castellano y en francés y va ilustrado con multitud de grabados intercalados en el texto y de preciosas láminas sueltas, muchas de ellas en colores. El precio de cada cuaderno es de tres pesetas. Se han publicado hasta ahora 14 cuadernos, á cual más interesante, dedicados á Toledo; el texto es debido al eminente arqueólogo D. Rodrigo Amador de los Ríos. Publican esta obra en Madrid (calle de San Lorenzo, 9) los editores Sres. E. Martín y Gamoneda, que merecen por su empresa el más entusiasta elogio y la protección de cuantos se interesan por la historia artística de nuestra patria.

OBRAS COMPLETAS DE D. JUAN VALERA. — El principal objeto de esta publicación es dar unidad á los escritos de D. Juan Valera substituyendo las múltiples y diversas ediciones que hoy existen por una sola y uniforme, enriquecida con varios trabajos inéditos y otros no coleccionados que han visto la luz en folletos, revistas y periódicos, desconocidos para la mayor parte de la presente generación. Formará varios grupos clasificados por materias (discursos, novelas, cuentos, teatro, poesías, correspondencia, crítica política y literaria, etc.), componiendo un total aproximadamente de 40 volúmenes en octavo, que se irán publicando sucesivamente, al precio uniforme de tres pesetas cada uno.

Hasta ahora se han publicado dos tomos de discursos académicos y las preciosas novelas *Doña Luz* y *Pepita Jiménez*, y se anuncia la publicación próxima de *Las ilusiones del doctor Faustino*.

La empresa que ha tomado á su cargo esa publicación merece incondicionales alabanzas de los amantes de la literatura española, porque además de rendir con ella el debido homenaje á escritor tan insigne como D. Juan Valera, presta un señalado servicio á las letras patrias divulgando las obras de quien tan admirablemente supo cultivarlas.

La administración de las «Obras completas de D. Juan Valera» tiene su domicilio en Madrid, Plaza de Colón, 2.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Allimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN